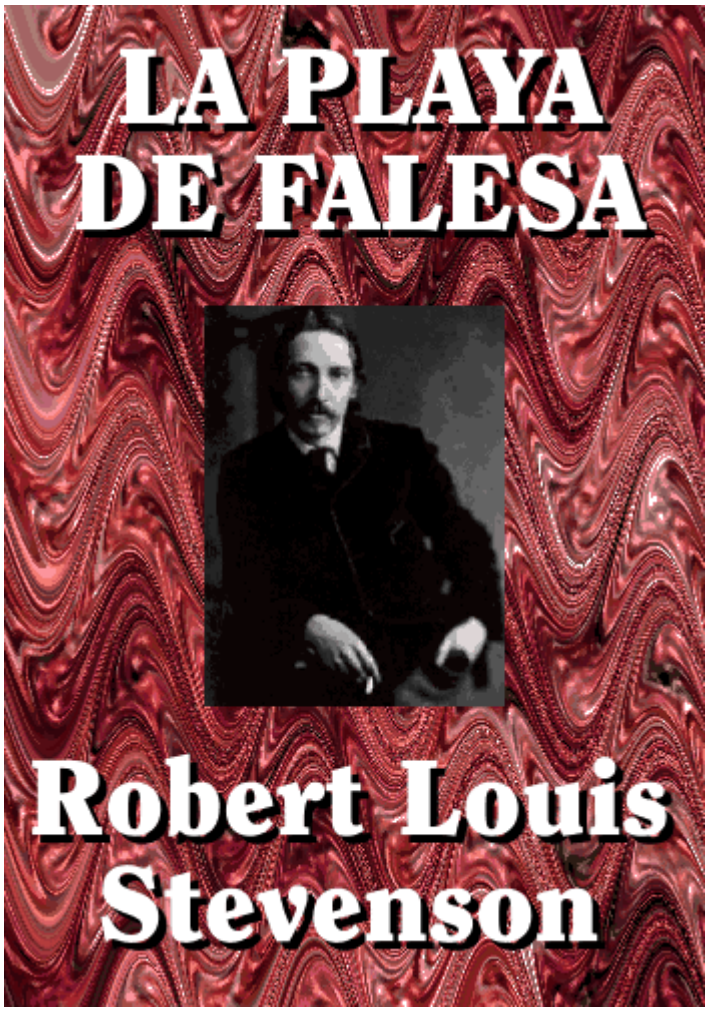
LIBRO dot.com

LA PLAYA DE FALESA

ROBERT LOUIS STEVENSON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

RELATO DE UN COMERCIANTE EN LOS MARES DEL SUR

-I-

Vi por primera vez la isla cuando no era día ni noche. La luna estaba en el Oeste, poniéndose, pero aún grande y brillante. Al Este, hacia la parte de la aurora, el cielo estaba color de rosa, y la estrella del día resplandecía como un diamante. La brisa de tierra nos daba en el rostro, trayendo un fuerte olor de limas silvestres y de vainilla; de otras cosas, además, pero éstas eran muy vulgares; y su frío me hizo estornudar. Debo decir que había pasado muchos años en una isla baja, cerca de la línea, viviendo la mayoría del tiempo solo entre los nativos. Ésta era una experiencia nueva; incluso el idioma era extraño para mí; y el aspecto de aquellos bosques y montañas, y su raro olor, me conmovía.

El capitán apagó la lámpara de bitácora.

-Mire, señor Wiltshire -dijo-, aquel humo que hay detrás de las rompientes. Allí está Falesa, donde tiene su puesto, el último poblado hacia el este; más allí no vive nadie, no sé por qué. Tome mi catalejo y verá las casas.

Tomé el catalejo; y las costas se adelantaron, y vi los bosques, y los techos oscuros de las casitas que asomaban entre ellos.

-¿Ve esa manchita blanca que está hacia el este? -continuó el capitán-. Es su casa. Construida de coral, situada en lo alto, con una ancha galería; es el mejor puesto del Pacífico Sur. Cuando la vio el viejo Adams, me cogió de la mano y me la estrechó: «He encontrado una cosa bonita» -dijo-. «En efecto -repuse-y ya iba siendo hora».

-¡Pobre Johnny! Sólo lo vi una vez después, y entonces cantaba otro cantar, no podía aguantar a los nativos; y la siguiente vez que vinimos aquí estaba muerto y enterrado. Yo le puse un epitafio que decía: «John Adams, obit mil ochocientos sesenta y ocho». Lo eché de menos. Nunca vi mucho mal en Johnny.

-¿De qué murió? -pregunté.

-De alguna enfermedad, que le dio de repente -dijo el capitán-. Se puso enfermo por la noche y probó todos los remedios existentes. No le sirvieron. Entonces trató de abrir una caja de ginebra. Inútil. No era lo bastante fuerte. Entonces debió enloquecer y se tiró en la galería. Cuando lo encontraron allí, a la mañana siguiente, estaba loco completamente y hablaba de que debían regar su copra. ¡Pobre John!

-Fue por causa de la isla? -pregunté.

-Fue por causa de la isla, o por lo que fuera -replicó él-. Yo siempre oí que era un lugar sano. Nuestro último hombre, Vigours, nunca tuvo nada. Se marchó por miedo de los bandidos, dijo que tenía miedo de Black Jack y de Case y de Whistling Jimnie, que aún estaba vivo entonces, pero que murió al poco tiempo porque se emborrachó y se ahogó. En cuanto al capitán Randall, ha estado aquí desde mil ochocientos cuarenta o cuarenta y cinco. Y nunca he visto en él ningún mal cambio. Creo que va a llegar a ser un Matusalén. No, creo que Falesa es un lugar sano.

Ahora viene un bote ballenero de dieciséis pies -dije-. Y en él hay dos hombres blancos en la popa.

-En esa embarcación se ahogó Whistling Jimmie, el bandido -exclamó el capitán-; déme el catalejo. Sí, se trata de Case, sin duda, y el negro. Dicen que son bandidos, pero ya sabe

cómo se habla en la isla. Mi creencia es que Whistling Jimmie era el peor de todos; y ahora ha muerto. Estoy seguro de que quieren ginebra.

Cuando los dos comerciantes subieron a bordo, me vi complacido por el aspecto de ambos, y el habla de uno de ellos. Estaba cansado de los blancos, después de los cuatro años pasados en la línea que consideraba como años de prisión; años en los que periódicamente se me declaraba tabú y que tenía que ir a la Casa de Hablar para tratar de que éste me fuera levantado; años bebiendo ginebra y luego lamentándolo; pasando las noches con una lámpara por toda compañía; o paseando por la playa y diciéndome qué estúpido había sido por venir allí. En mi isla no había otros blancos, y cuando me iba a la isla vecina, la sociedad la constituían matones. El ver a bordo aquellos dos hombres era un placer. Uno de ellos era un negro; pero venían bien vestidos con sus pijamas a rayas y sombreros de paja, y Case no habría hecho mal papel en una ciudad. Era menudo y amarillo, con nariz ganchuda, ojos claros y barba bien cortada. No se sabía cuál era su país, excepto que su idioma era el inglés; y era evidente que procedía de una buena familia y estaba espléndidamente educado. Sabía tocar el acordeón; y si se le daba un trozo de cuerda o un corcho y una baraja de cartas, mostraba trucos dignos de un profesional. Si quería, hablaba un lenguaje digno de un salón; pero cuando le parecía blasfemaba como un contramaestre yanqui. Según la forma que consideraba más oportuna. Tenía el valor de un león y la astucia de una rata; y si ahora no está en el infierno, es porque no existe tal lugar. Sólo conozco una buena condición suya, y es que amaba a su mujer y se preocupaba de ella. Ella era de Samoa, y llevaba el cabello teñido de rojo al estilo de su isla; y cuando él murió (según me dijeron), encontraron que había hecho testamento a favor de su mujer. Le legó todo lo suyo y gran parte de lo de Black Jack y Billy Randall, pues era él quien llevaba los libros. Por lo tanto ella se fue en la goleta Manua, y vive como una dama en su casa propia.

Pero aquella primera mañana yo no sabía nada de aquello. Case se portó conmigo como un amigo y un caballero, me dio la bienvenida a Falesa, y me ofreció sus servicios, cosa muy útil dado mi desconocimiento de los nativos. La mayor parte del día la pasamos bebiendo en la cabina, y nunca oí un hombre que hablase más acertadamente. En las islas no había un comerciante más astuto que él. Me pareció que Falesa era un lugar adecuado; y cuanto más bebía, me sentía más confiado. Nuestro último comerciante había huido de allí con media hora de aviso, tomando pasaje en un carguero que venía del oeste. El capitán, cuando llegó, encontró el puesto cerrado, las llaves en poder de un pastor nativo, y una carta del fugitivo, confesando que tuvo miedo de perder la vida. Desde entonces, la firma no había estado representada y desde luego no había habido carga. Además, el viento era favorable y el capitán esperaba que pudiéramos llegar a la isla inmediata al amanecer, con una buena marea, y que la descarga se hiciera pronto. Case dijo que no debía dejar que nadie tocase nada; aunque en Falesa todos eran honrados, y sólo robaban algunas gallinas, un paquete de tabaco o un cuchillo; lo mejor que yo podía hacer era quedarme tranquilo hasta que el buque se fuese, luego irme directamente a su casa, ver al capitán Randall, el padre de la playa, comer con él e irme a dormir cuando anocheciese. Por lo tanto la luna estaba alta y la goleta de camino antes de que yo desembarcase en Falesa.

Yo había tomado un par de vasos a bordo; acababa de hacer una larga travesía y sentía que el suelo se movía bajo mis pies como la cubierta de un navío. El mundo parecía recién pintado; mis pies bailaban. Falesa me parecía un lugar encantado, si es que los hay, y es una pena que no los haya. Me gustaba pisar la hierba, mirar las verdes montañas, contemplar a los hombres con sus guirnaldas y a las mujeres con sus vestidos rojos y azules. Seguimos adelante, disfrutando del fuerte sol y de la fresca sombra; y los chicos del poblado venían con sus cabezas afeitadas y sus cuerpos morenos, profiriendo gritos agudos.

A propósito -dijo Case-, tenemos que buscarle una mujer.

Librodot

-Es cierto -repuse-, se me había olvidado.

En torno de nosotros había muchas muchachas y yo me puse a observarlas como un pachá. Se habían vestido de fiesta para recibir el barco; y las mujeres de Falesa son todas muy lindas. Su único defecto es que tienen las caderas demasiado anchas; y yo pensaba en aquello, cuando Case me tocó.

-Esa es muy bonita -dijo.

Vi una mujer que venía sola por el otro extremo. Había estado pescando; no llevaba más que la camisa y ésta se hallaba empapada. Era joven y esbelta para ser una mujer de la isla, de rostro largo, frente alta, y una mirada extraña, entre niña y gato. -¿Quién es? -pregunté-. Me sirve.

-Es Uma -dijo Case, llamándola y hablándole en su lengua. No sé lo que le dijo; pero a la mitad, ella alzó los ojos, me miró tímidamente como el niño que esquiva un golpe, y al poco sonrió. Tenía una ancha sonrisa y los labios y la barbilla parecían los de una estatua; pero la sonrisa sólo duró un momento. Permaneció en pie con la cabeza inclinada, escuchando a Case hasta que terminó, y luego habló con su dulce acento polinesio, mirando a Case cara a cara, lo escuchó de nuevo, y luego, haciendo una reverencia, huyó. La reverencia me estaba dedicada en parte, pero no volvió a mirarme ni a sonreír.

-Creo que está arreglado -dijo Case-. Puede quedarse con ella. Lo arreglaré con su madre. Puede quedarse con la mejor de todas por un paquete de tabaco -añadió sonriendo.

Creo que fue el recuerdo de la sonrisa de Uma lo que me hizo decir:

-No parece una de ésas.

-No lo sé -dijo Case-. Parece que está bien. No se junta con las demás muchachas. Pero entiéndame bien... Uma es una chica decente -hablaba seriamente y aquello me gustó-. Sin embargo -continuó- no estoy muy seguro de ella. Todo lo que tiene que hacer usted, es mantenerse en la sombra y dejar que yo hable con su madre; luego traeré a la muchacha al capitán para el matrimonio.

A mí el matrimonio no me interesaba y se lo dije.

-Oh, el matrimonio no tiene importancia -dijo él- Black Jack es el capellán.

Por entonces estábamos a la vista de la casa de los tres blancos, pues un negro se cuenta por un blanco, como sucede con un chino. Una idea rara, pero común en las islas. Era una casa de madera con una decrépita galería. El almacén estaba delante, con un mostrador, balanzas y unos pobres instrumentos mercantiles; una caja o dos de carne en conserva; un barril de pan duro; varios fardos de algodón, mucho peor que los míos. Lo único bien representado era el contrabando: armas de fuego y licores. «Si fueran mis rivales pensé». «Me va a ir bien en Falesa». En realidad sólo había un modo de rivalizar conmigo, y eran las armas y la bebida.

En la trastienda se hallaba el capitán Randall, acuclillado en el suelo, al estilo de los nativos, desnudo hasta la cintura, con el cabello gris, y los ojos hundidos por la bebida. Tenía el cuerpo cubierto de vello gris, sobre el cual se posaban las moscas; una de ellas se le había metido en el rabillo del ojo, pero no parecía molestarle; y en torno suyo zumbaban los mosquitos. Cualquier hombre de mente sana habría sacado de allí al viejo para enterrarlo; pero al verle allí, saber que tenía setenta años, recordar que había estado al mando de un navío, y que cuando desembarcaba con su uniforme de gala se le recibía bien en los bares y en los consulados, y se sentaba en las galerías de los clubes, me hizo mirar las cosas de otro modo. Trató de levantarse cuando entré, pero no pudo; por lo tanto, me tendió una mano y murmuró una especie de saludo.

-Papa está muy bebido esta mañana -observó Case-. Hemos tenido una epidemia y el capitán Randall toma la ginebra como profilaxis. ¿No es cierto, Papa?

-¡Nunca he tomado esas cosas! -repuso el capitán con indignación-. Tomo ginebra por mi salud, señor... como se llame usted..., como una medida de precaución.

-Así es, Papa -dijo Case-. Pero va a tener que animarse. Vamos a tener un matrimonio. El señor Wiltshire se va a casar.

El viejo preguntó con quién.

-Con Uma -dijo Case.

-¡Con Uma! -exclamó el capitán-. ¿Para qué quiere a Uma? Ha venido aquí por su salud ¿para qué quiere a Uma?

-Calle, Papa -dijo Case-. No es usted el que va a casarse. Creo que no es tampoco su padrino ni su madrina. El señor Wiltshire es quien tiene que decidirlo.

Dicho esto, dijo que tenía que ocuparse del matrimonio y me dejó con su negocio. El comercio y el puesto pertenecían a Randall; Case y el negro eran parásitos; vivían de Randall como las moscas, y él lo sabía. En realidad puedo decir que todo el tiempo que pasé al lado de Billy Randall fue una pesadilla.

La habitación era asfixiante y estaba llena de moscas, pues la casa estaba sucia y era baja y se hallaba situada en una parte mala, detrás del poblado, en los linderos de la selva. Las camas de los tres hombres se hallaban en el suelo, junto a un montón de platos y cacharros. No había más muebles. Cuando Randall se ponía violento lo destrozaba todo. Yo me quedé mientras nos servía la comida la mujer de Case; y durante todo el día fui atendido por aquel deshecho de hombre, que me contaba chistes e historias viejas, riendo siempre sin darse cuenta de mi depresión. Bebía ginebra constantemente. A veces se dormía, y se despertaba de repente, estremecido, preguntándome de vez en cuando por qué quería casarme con Uma. «Amigo mío -me dijo todo aquel día- tienes que cuidar de no convertirle en un viejo como yo».

Debían ser las cuatro de la tarde cuando se abrió lentamente la puerta de atrás, y entró arrastrándose una nativa vieja. Iba vestida de negro y con el rostro tatuado, cosa no corriente en aquella isla. Tenía los ojos grandes y brillantes. Los fijaba en mí con una expresión que me pareció teatral. No hablaba, pero movía los labios y producía ruidos, como el niño que canturrea ante un postre de Navidad. En cuanto estuvo a mi lado, me tomó de la mano, y comenzó a cantar.

-¿A qué viene todo esto? -dije con extrañeza.

-Es Fa'avao -dijo Randall, y vi que se metía en el rincón más apartado.

-¿Le tiene miedo? -pregunté.

-¡Miedo! -respondió ofendido el capitán-. ¡Yo no le permito entrar aquí! Hoy es diferente, pues se trata del matrimonio. Es la madre de Uma.

-Bien, aunque lo sea, ¿qué es lo que quiere? -pregunté yo, más irritado y asustado de lo que quería decir: y el capitán me dijo que ella estaba componiendo unos versos en honor mío, porque me quería casar con Uma-. Está bien -le dije-, pero suelte mi mano.

Ella pareció entender; su cántico se convirtió en grito, y luego terminó; la mujer salió a rastras de la casa, tal como había entrado, y debió hundirse en la selva, pues cuando salí a mirar no la vi.

-¡Qué mujer extraña! -dije.

-Son gentes extrañas -repuso el capitán, haciendo la señal de la cruz sobre su pecho desnudo.

-¿Es usted papista? -pregunté. Él desechó la idea con desprecio:

-Soy un viejo baptista -dijo-. Pero, querido amigo, los papistas tienen buenas ideas y ésta es una de ellas. Siga mi consejo y cuando se encuentre con Uma, Fa'avao, Vigours o cualquiera de ellos, haga lo que yo. -Y repitió el signo de la cruz. Luego guiñó un ojo y me dijo-: No, aquí no hay papistas -y durante largo tiempo me expuso sus ideas religiosas.

Uma debió causarme una impresión muy honda, sino o habría huido de aquella casa, y salido al aire libre, al mar, o a algún río limpio, pero me había dejado llevar por Case y además no habría podido llevar alta la cabeza en aquella isla, si hubiera huido la noche de bodas.

El sol estaba bajo, el cielo incendiado y la lámpara se había encendido hacía tiempo, cuando Case vino con Uma y el negro. Ella venía vestida y perfumada; su faldellín de rica tapa era más fino que la seda; su pecho de color de miel oscura, estaba sólo cubierto por collares de semillas y de flores; y detrás de las orejas y en los cabellos llevaba rojas flores de hibisco. Mostraba el aspecto digno de una novia, seria y tranquila; y yo consideré una vergüenza quedarme con ella en aquella casa sucia delante del sonriente negro. Pues el hombre llevaba un cuello de papel, y en la mano una novela. Me remordió la conciencia cuando juntamos las manos; y cuando dieron a Uma el certificado de boda, yo estuve a punto de confesarlo todo.

Éste es el documento. Lo escribió Case, en una hoja del libro mayor. «Certificamos que Uma, hija de Fa` avao de Falesa isla de ..., está ilegalmente casada con el señor John Wiltshire, por una semana, y que el señor John Wiltshire está en libertad de enviarla al diablo cuando quiera».

JOHN BLACKMORE

Capellán de los Náufragos.

Un lindo papel para poner en las manos de una muchacha y ver que ella lo esconde como si fuera oro. Un hombre puede sentirse avergonzado por menos. Pero era la costumbre allí, y (como me dije), no el menor pecado de los blancos, incluso los misioneros. Si hubieran dejado en paz a los nativos, no habría necesitado este engaño, habría tenido todas las esposas que hubiera querido y las habría dejado cuando me pareciese, con la conciencia tranquila.

Cuanto más vergüenza sentía, más deseo tenía de huir; y como nuestros deseos se unían, yo advertí de ello a los comerciantes. Case parecía deseoso de retenerme; pero ahora parecía deseoso de dejarme ir. Dijo que Uma me mostraría el camino de mi casa y los tres socios nos despidieron en la puerta Era casi de noche; el poblado olía a flores, a mar y a árboles del pan; se oía el rumor de la marea y a lo lejos, entre los bosques y las casas, el rumor de las voces de los hombres y de los niños. Me hizo bien respirar el aire puro; me hizo bien dejar al capitán y ver, por el contrario, a la mujer que llevaba al lado. Me parecía que era una mujer del Viejo Mundo y, olvidándolo todo, la cogí de la mano. Ella dejó sus dedos entre los míos y sentí que respiraba profunda y rápidamente, y entonces tomó mi mano y se la llevó al rostro: -«¡Eres bueno!» -exclamó y corrió ante mí, deteniéndose para mirar hacia atrás sonriendo, y volviendo a correr, guiándome de este modo por el lindero del bosque hacia mi casa.

Lo cierto era que Case la había cortejado por mí; le dijo que yo estaba loco por poseerla, y dispuesto a todo, y la infeliz se lo había creído, se había llenado de vanidad y gratitud. Pero yo no sabía aquello. Era contrario a las debilidades con las nativas, pues había visto muchos blancos burlados y explotados por las familias de ellas. Y tenía que hacer que volviera a su juicio. Pero Uma estaba tan hermosa y extraña cuando corría delante de mí y me esperaba, como habría hecho un niño o un perrito, que lo mejor que podía hacer era seguirla, y buscar en la penumbra su cuerpo brillante. Y entonces se me ocurrió otra cosa. Ahora jugaba conmigo como una gatita porque estábamos a solas. Pero en la casa se había portado como una condesa, orgullosa y humilde al mismo tiempo. Y sobre su vestido -muy escueto y nativo- con la linda tapa y los perfumes, llevaba flores y semillas que brillaban como joyas, pero eran más grandes, y parecía realmente una condesa, vestida para un concierto y no la compañera adecuada para un pobre comerciante como yo.

Llegó a casa la primera; y mientras yo permanecía inmóvil, vi que frotaba una cerilla y encendía la lámpara. El puesto era maravilloso, construido de coral, con una amplia galería, y una habitación principal muy espaciosa. Mi equipaje estaba amontonado al azar; y en medio de aquella confusión, Uma se hallaba apoyada en la mesa, esperándome. Su sombra se reflejaba en el techo de hierro, y ella permanecía junto a la lámpara, cuya luz brillaba sobre su piel. Me detuve en la puerta y Uma me miró, sin decir palabra, con ojos anhelosos y temerosos a la vez: luego se llevó la mano al seno.

-Yo... tu mujer -dijo-. Nunca había sentido nada semejante; pero el deseo de ella me invadió y me sacudió como el viento a la vela de un navío.

No podía hablar aunque hubiese querido; y si pudiese, no lo habría hecho. Sentía vergüenza de que una nativa me conmoviese de tal modo, me avergonzaba el matrimonio, y el certificado que ella guardaba como un tesoro; de manera que me volví y fingí que arreglaba mi equipaje. Lo primero que hallé fue una caja de ginebra, la única que había traído; y en parte por la muchacha y en parte por el recuerdo del capitán Randall, tomé una súbita resolución. Quité la tapa. Saqué una por una las botellas, las descorché y mandé a Uma que arrojase el líquido por la galería.

Cuando hubo terminado vino y me miró con asombro.

-No es bueno -dije ahora que podía dominar más mi lengua-. No es bueno que el hombre beba.

Ella convino, pero parecía reflexionar.

-¿Por qué lo trajiste? -preguntó al poco tiempo-. Si no querías beber, no tenías que traerlo.

' -Es cierto -dije-. En un tiempo quise beber mucho; ahora no quiero. No sabía que iba a tener una esposa. Supongo que si bebo, mi esposa se va a asustar.

Hablarle amablemente era algo para lo cual no estaba preparado; me había prometido no tener nunca debilidades con una nativa y tenía que contenerme.

Ella continuaba mirándome con gravedad, mientras yo permanecía sentado junto a la caja abierta.

-Creo que eres bueno -dijo. Y de repente se dejó caer en el suelo, ante mí-. ¡De todos modos soy tuya! -exclamó.

II

Salí a la galería un momento antes de que amaneciera. Mi casa era la última del este: detrás había unos bosques y unos arrecifes que ocultaban la salida del sol. Hacia el oeste, corría un veloz río, más allá del cual se veía el pueblo verde salpicado de palmeras, árboles del pan y casas. Algunas de ellas tenían las persianas corridas y otras no; los mosquiteros estaban puestos y las sombras de los habitantes de las casas se veían detrás de ellos; y por el pueblo se veían gentes ataviadas con trajes de dormir de muchos colores, como los beduinos en las estampas de la Biblia. Había un silencio mortal y hacía frío; la luz del amanecer brillaba como un incendio al reflejarse en la laguna.

Pero lo que me turbaba estaba más cerca. Una docena de niños y jóvenes rodeaba mi casa, en semicírculo; el río los se paraba, algunos estaban en la parte cercana, otros en la lejana y uno en una piedra del centro; y todos ellos estaban silenciosos, envueltos en sus sábanas, mirando mi casa atentamente. Lo consideré extraño cuando salí. Cuando me bañé, volví y los hallé de nuevo con otros tres más, lo consideré aún más extraño. Qué podían ver en mi casa, me pregunté y entré.

Pero el pensamiento de aquellos mirones me producía una obsesión y al poco tiempo volví a salir. El sol estaba alto entonces, pero aún estaba detrás de los bosques. Un cuarto de hora habría transcurrido. La multitud había aumentado, la ribera más lejana estaba llena de gente... quizás unas treinta personas mayores, y una doble cantidad de niños, unos de pie y otros acuclillados, todos ellos mirando mi casa. Yo vi una vez una casa en los Mares del Sur, rodeada de este modo, pero era porque un comerciante azotaba a su mujer y ella gemía. Aquí no pasaba nada; el fuego estaba encendido, y el humo subía cristianamente; todo era normal. Seguramente había llegado un extranjero, pero ayer habían tenido la oportunidad de verlo, y se lo tomaron con calma. ¿Qué les ocurría ahora? Apoyé los brazos en el borde de la galería y los miré. ¿Qué les pasaba? De vez en cuando veía que los chicos hablaban, pero hablaban tan bajo que no llegaba hasta mí ni el murmullo de sus conversaciones. El resto parecían imágenes; me miraban en silencio con sus brillantes ojos; y me pareció como si yo estuviera en la horca, y aquellas buenas gentes hubieran venido a mi ejecución.

Sentí miedo, y comencé a temer que lo advirtiesen, cosa que no serviría de nada. Me incorporé, me estiré, bajé los escalones de la galería y me dirigí hacia el río. Hubo un murmullo entre la gente como ocurre en los teatros cuando se levanta el telón, y algunos de los que estaban más cerca retrocedieron un paso. Vi a una muchacha que ponía su mano sobre un joven y con la otra señalaba hacia arriba; al mismo tiempo murmuró unas palabras en su lengua. Tres niños estaban sentados, en el camino donde yo tenía que pasar. Envueltos en sus sábanas, con sus cabezas afeitadas, el mechón de pelo arriba y sus caras extrañas, parecían figuras de una vitrina. Durante un tiempo permanecieron sentados en la tierra, solemnes como jueces. Yo avancé con decisión; y me pareció que en sus caras se reflejaba el asombro. Entonces uno de ellos se levantó de un salto y corrió a donde estaba su madre. Los otros dos trataron de seguirlo, pero tropezaron y cayeron a tierra, donde se desembarazaron de sus ropas y desnudos corrieron dando gritos. Los nativos, que se ríen incluso en un entierro, prorrumpieron en carcajadas al ver aquello.

Se dice que el hombre se asusta cuando está solo. No es cierto. Lo que le asusta cuando está en la oscuridad o en plena selva es que puede tener un ejército muy cerca. Y lo que más le asusta es estar en medio de una multitud y no saber qué quieren o están esperando. Cuando dejaron de reír, yo me detuve. Los chicos seguían corriendo, en sentido contrario al mío. Como un necio, había salido con decisión; como un necio, me volví a casa. Debió ser algo muy chistoso, pero lo que me asombró es que no riera nadie: sólo una mujer lanzó una especie de gemido piadoso, como los que suelen oírse en las iglesias durante un sermón.

-Nunca he visto canacos tan necios como los de aquí -le dije a Uma más tarde, mirando por la ventana a los espectadores.

-No sé nada -dijo ella con aire de disgusto.

Y aquello fue todo cuanto hablamos del asunto, pues yo estaba furioso y Uma tomaba aquello como muy natural, y me avergonzaba.

Todo el día, de vez en cuando, los tontos aquellos se sentaron en el extremo oeste de mi casa y al otro lado del lío, esperando que se produjese el espectáculo -me figuro que bajase fuego del cielo y me consumiese a mí y a mi equipaje. Pero por la noche, como verdaderos isleños, se cansaron del asunto, y se fueron, para celebrar un baile en la casa grande del poblado, donde los oí cantar y batir palmas hasta las diez de la noche y al día siguiente parecía que se habían olvidado de mi existencia. Si hubiera bajado un fuego del cielo, o la tierra me hubiera tragado, no habría nadie para presenciarlo. Pero luego vi que no lo habían olvidado y vigilaban por si se producía el fenómeno.

Durante aquellos días estuve ocupado ordenando mis cosas y haciendo inventario de lo que había dejado Vigours. Aquel trabajo me irritaba y me impedía pensar en otras cosas. Ben había hecho antes aquello -yo podía confiar en Ben- pero era evidente que alguien había

metido allí la mano entretanto. Hallé que me habían privado de lo que suponía seis meses de sueldo y beneficios, y me maldecía por haberme quedado bebiendo con Case en lugar de ocuparme de mis asuntos.

Sin embargo lo hecho, hecho estaba, y no se podía deshacer. Todo cuanto podía hacer era echar mano de lo que quedaba, poner en orden lo que yo traía, y comenzar la caza de ratas y cucarachas. Hice un buen trabajo: y la tercera mañana cuando hube encendido mi pipa y salí a la puerta para echar un vistazo, vi los cocoteros, la copra, y las brillantes vestiduras de los isleños, creí que aquél era el lugar adecuado para hacer fortuna, y luego volver a mi país y poner una taberna. Estaba allí, sentado en la galería, disfrutando de un magnífico panorama y de un espléndido sol, y un viento maravilloso, fresco y saludable, que vigorizaba la sangre como un baño de mar; y olvidándome de Inglaterra que, después de todo, es un agujero negro, frío y fangoso, con tan poca luz que no permite siquiera leer; y pensaba en mi taberna, que situaría en una avenida con un cartel colgado de un árbol.

Así pasó la mañana, y el día transcurrió sin que nadie se acercase a mí, cosa que me pareció extraña conociendo a los habitantes de otras islas. La gente se reía un poco de nuestra compañía y de sus elegantes puestos, y del de Falesa en particular: toda la copra del distrito no lo compensaba (como había oído decir) en cincuenta años, lo cual me parecía una exageración. Pero cuando pasó el día y no hice ningún negocio, comencé a desanimarme: y a eso de las tres de la tarde salí a dar un paseo para animarme. En medio de la selva vi a un hombre blanco que venía vestido con una sotana, por lo cual, y por su rostro, comprendí que era un sacerdote. Se veía que era un buen hombre, de pelo gris, y tan sucio que se podía haber escrito con él en un trozo de papel.

-Buenos días -dije.

Él me contestó en nativo. -¿No habla inglés? -pregunté.

-Francés -repuso.

-Lo siento -dije-, pero no lo entiendo.

Él trató de hablarme en francés, y luego en nativo, que parecía ser lo mejor. Saqué en consecuencia que quería decirme algo, no tan sólo pasar un rato en mi compañía y agucé el oído. Oí los nombres de Adams, Case y Randall -el de Randall con más frecuencia-, y la palabra «veneno», o algo parecido, y una palabra nativa que repetía frecuentemente. Yo fui a mi casa, repitiéndola para mí.

-¿Qué significa fussy-ocky? -le pregunté a Uma, pues era lo más que pude entender.

-Matar -dijo ella.

-¡Al diablo! -dije yo-. ¿Has oído alguna vez que Case envenenase a Johnny Adams?

-Todos lo dicen -repuso Uma desdeñosamente-. Le dio arena blanca, arena mala. Él bebía. Si a ti te da ginebra no la tomes.

Ahora bien, en las otras islas había oído historias como aquélla, siempre mencionando el polvo blanco, lo cual me hizo desconfiar. Por lo tanto me fui a casa de Randall para tratar de averiguar algo y vi a Case sentado en la puerta, limpiando un fusil.

-¿Hay buena caza? -le pregunté.

-Sí -repuso-. El bosque está lleno de aves de todas clases. Yo querría que la copra fuese tan abundante -me dijo ladinamente a mi entender-, pero no parece haber nada.

Vi a Black Jack en el almacén, sirviendo a un cliente.

-Sin embargo, aquí hay trabajo -dije.

-Es la primera venta que hacemos en tres semanas -repuso Case.

-¿No me diga? --dije-. ¡Tres semanas! Bien, bien.

-Si no me cree -repuso él un poco acaloradamente-, vaya a ver el almacén de copra. Está casi vacío, a estas horas.

-A mí me daría lo mismo -dije-. Por mí podría haber estado vacío ayer.

-Tiene usted razón -dijo él riendo.

-A propósito -dije yo-. ¿qué clase de hombre es ese sacerdote? Me parece un buen hombre.

Case se echó a reír al oír aquello.

-¡Ah! -dijo-, veo lo que le sucede. Le ha visitado Galuchet.

Le solían llamar Padre Chanclos, pero Case le daba siempre un toque francés, que era una de las razones por las que lo considerábamos por encima de lo corriente.

-Sí, lo he visto -repuse-. Me pareció que no tenía una gran idea del capitán Randall.

-¡Claro que no! -dijo Case-, fue por la cuestión del pobre Adams. El último día, cuando él agonizaba, estuvo por aquí el joven Buncombe. ¿Conoce a Buncombe?

Le dije que no.

-¡Buncombe es un cura! -rió Case-. Bien, Buncombe pensó que como no había otro sacerdote allí, aparte de los pastores canacos, deberíamos llamar al padre Galuchet para que administrase al viejo los últimos sacramentos. A mí me daba igual, como se figurara; pero le dije que a quien había que consultar era a Adams. Éste deliraba diciendo no sé qué de la copra-.«Mire -le dije- está muy enfermo. ¿Quiere ver a Chanclos?» Él se incorporó sobre un codo: Hablaba con vehemencia, pero con sensatez. No había nada que decir en contra, por lo cual fuimos a buscar a Chanclos, y le dijimos si quería venir. Comprenderá que lo hizo gustosamente. Pero no habíamos contado con Papa. Papa es un severo baptista; no quiere nada con papistas. Y cerró la puerta con llave. Buncombe le dijo que estaba obcecado y yo pensé que le iba a dar un ataque. «¡Obcecado!» -dijo-. «¿Yo obcecado? vivir para oír una cosa semejante de rufianes como tú?» Y se lanzó contra Buncombe, y tuve que separarlos; y de nuevo Adams se puso a delirar acerca de la copra. Yo me reía de todo aquello, cuando de repente Adams se incorporó, se llevó las manos al pecho, y entró en la agonía. Tuvo una mala muerte, el tal John Adams -dijo Case, con un súbito estoicismo.

-¿Y qué sucedió con el sacerdote? -pregunté.

-¿El sacerdote? -dijo Case-. ¡Oh! Golpeaba en la puerta, y pedía a los nativos que vinieran a echarla abajo, diciendo que se trataba de salvar un alma. El sacerdote estaba furioso. ¿Pero qué se podía hacer? Johnny estaba listo; ya no había más Johnny: y el equipo de la administración se hallaba liquidado. Luego, Randall se enteró de que el cura estaba rezando sobre la tumba de Johnny. Papa estaba borracho, tomó una maza y se dirigió hacia el lugar, y encontró en él al padre Chanclos, de rodillas, rodeado de nativos que lo miraban. Uno pensaría que a Papa no le importaba más que el licor; pero él y el cura se pusieron a discutir durante dos horas, en nativo, y cada vez que Chanclos pretendía arrodillarse, lo atacaba con la maza. Nunca había pasado cosa semejante en Falesa. Al final, el capitán Randall tuvo una especie de ataque, y el cura se salió con la suya. Pero estaba muy enfurecido y se quejó a los jefezuelos de aquel ultraje, como lo llamaba. Aquello no sirvió, pues nuestros jefezuelos son protestantes; y de todos modos Galuchet, había estado molestando con motivo del tambor en la escuela matutina; y ellos se alegraron de darle una paliza. Ahora bien, él jura que el viejo Randall envenenó a Adams, y cuando ambos se encuentran se miran furiosos.

Me contó todo esto con naturalidad, como un hombre que cuenta un chiste; pero ahora que lo pienso, me parece más bien un relato de terror. Sin embargo, Case nunca fue blando, sino más bien duro y todo un hombre; y para decir la verdad me desconcertó enteramente.

Fui a casa y le pregunté a Uma si ella era popey, que era la palabra nativa por católica.

-¡E le ai! -dijo ella. Siempre usaba el nativo cuando quería decir no con energía-. Popey malos -dijo ella. Luego le pregunté acerca de Adams y el cura y ella me contó la misma historia a su modo. Por lo tanto me quedé como estaba, pero inclinado, en general, a pensar que el asunto de la pelea por los sacramentos y lo del veneno eran habladurías. Al día siguiente era domingo, y no había que atender el negocio. Uma me preguntó aquella mañana si no iba a «rezar»: yo le dije que no y ella no volvió a hablarme de aquello. Me pareció muy

extraño tratándose de una nativa, de una mujer que tenía ropas nuevas que lucir: pero me gustaba y no volví a mencionarlo. Lo raro es que yo estuve a punto de entrar en la iglesia, una cosa que no pienso olvidar. Había salido a dar un paseo cuando oí que cantaban el himno. Ya se sabe lo que es eso. Cuando la gente canta, uno se siente atraído; y al poco, estaba junto a la iglesia. Era larga y baja, construida de coral, con los extremos redondeados como una ballenera, un gran techo nativo, ventanas sin persiana y entrada sin puerta. Asomé la cabeza por una de las ventanas, y vi un espectáculo nuevo para mí -pues era muy distinto de lo que había visto en otras islas-. Por lo tanto me quedé mirando. La congregación estaba sentada en el suelo, sobre esterillas, las mujeres a un lado, los hombres al otro, todos ellos vestidos de fiesta -las mujeres con vestidos y sombreros, los hombres con chaqueta y camisa blancas-. El himno había terminado; el pastor, un fuerte canaco, se hallaba en el púlpito, predicando, y por el modo en que hablaba y movía las manos y parecía discutir con los feligreses, comprendí que el sermón lo arrebataba. Bien, de pronto alzó la vista, sus ojos tropezaron con los míos y podría decir que se tambaleó en el púlpito; los ojos se le salieron de las órbitas, alzó una mano, y me señaló, como en contra de su voluntad y allí terminó el sermón.

No es agradable confesarlo, pero huí; y si me volviera a suceder lo mismo mañana, echaría a correr exactamente igual. Ver que el canaco interrumpía el sermón sólo por verme, me produjo la sensación de que el mundo se me venía encima. Me fui a casa y me quedé allí, sin decir nada. Se podía pensar que iría a hablar de ello a Uma, pero aquello iba en contra de mi temperamento. También se podría pensar que fui a consultar con Case; pero lo cierto es que me daba vergüenza, pues creía que se me iba a reír en la cara. Por lo tanto, mantuve silencio y reflexioné; y cuanto más reflexionaba, menos me gustaba aquello.

El lunes por la noche comprendí claramente que me habían declarado tabú. Había abierto un almacén nuevo y durante dos días no había entrado nadie en él, cosa increíble. -Uma -dije-. Creo que soy tabú. -Yo también lo creo -dijo ella.

Medité si debía preguntarle más, pero es malo consultar con los nativos, por lo cual fui a ver a Case. Era de noche y él estaba sentado solo. Como acostumbraba, fumando.

-Case -dije- ocurre algo raro. Me han declarado tabú. -¡Bobadas! -dijo él-, en estas islas no se acostumbra. -Puede que sea así -dije yo-. Sí se acostumbraba donde estuve antes. Sé muy bien lo que es eso; y puedo decirle categóricamente que me han declarado tabú.

-Muy bien --dijo él-, ¿qué ha estado haciendo?

-Eso es lo que quiero averiguar -le contesté.

-Oh, no puede ser -dijo él-; no es posible. Sin embargo, le diré lo que voy a hacer. Para tranquilizarlo, voy a dar una vuelta por ahí para enterarme. Mientras tanto, entre y hable con Papa.

-Gracias -le dije-, prefiero quedarme aquí en la galería. Su casa es muy cerrada.

-Entonces, le diré a Papa que venga aquí -dijo él.

-Mi querido amigo -le contesté-, preferiría que no lo hiciera. La verdad es que no le tengo simpatía al señor Randall. Case se echaba reír, tomó una linterna del almacén, y se dirigió al poblado. Estuvo ausente quizás un cuarto de hora, y parecía muy serio cuando regresó.

-Bueno -empezó, dejando la linterna en los escalones de la galería-, nunca lo habría creído. No sé hasta qué extremo va a llegar el atrevimiento de estos canacos; parece ser que han perdido toda idea de respeto hacia los blancos. Lo que necesitamos es un buque de guerra (alemán, si fuera posible) porque ellos saben cómo tratar a los canacos.

-¿Entonces me han declarado tabú? -exclamé.

-Algo por el estilo -me dijo-. Es lo peor que he conocido hasta ahora. Pero lo apoyaré, Wiltshire, de hombre a hombre. Venga aquí mañana, a eso de las nueve, y hablaremos con los jefes. Me tienen miedo, o solían tenérmelo; pero les han hinchado tanto las cabezas ahora, que no sé qué pensar. Compréndame, Wiltshire; no considero que esto sea un problema suyo

-prosiguió, con gran resolución-. Lo considero nuestra lucha, lo considero la Lucha del Hombre Blanco, y lo apoyaré en todo momento; le doy mi mano en señal de apoyo. -¿Ha descubierto cuál es el motivo? -le pregunté.

-Todavía no -dijo Case-. Pero mañana lo arreglaremos todo con ellos.

En conjunto, quedé muy satisfecho con su actitud, y casi más al día siguiente, cuando nos encontramos para ir a ver a los jefes, al verlo tan severo y resuelto. Los jefes nos aguardaban en una de sus grandes casas ovaladas, que descubrimos desde muy lejos por la multitud que había en torno a ella, por lo menos cien personas, entre hombres, mujeres y niños. Muchos de los hombres iban camino del trabajo y llevaban coronas verdes, y eso me hizo pensar en el primero de mayo de mi país. La multitud se abrió para dejarnos pasar a los dos, con muchos murmullos y una repentina y colérica animación. Había allí cinco jefes; cuatro de ellos eran hombres de aspecto majestuoso, el quinto viejo y arrugado. Estaban sentados sobre esterillas, vestidos con chaquetas y faldellines blancos; tenían abanicos en las manos, como las damas elegantes; y dos de los más jóvenes llevaban medallas católicas, lo que me hizo reflexionar a mí. Nuestro lugar estaba dispuesto, y las esterillas preparadas frente a las de los personajes, en el lado más cercano de la casa; el centro estaba vacío; la multitud, a nuestras espaldas, murmuraba, estiraba la cabeza y se empujaba para mirar, y sus sombras danzaban delante de nosotros sobre los limpios guijarros del suelo. A mí me irritó un poco la excitación del pueblo, pero el aspecto cortés y tranquilo de los jefes me tranquilizó, y más aún cuando el que hablaba en nombre de ellos inició un largo discurso en voz baja, agitando a veces las manos en dirección a Case, a veces en dirección mía, y otras golpeando con los nudillos la esfera. Una cosa estaba muy clara: no había ni señales de cólera en los jefes.

-¿Qué está diciendo? -le pregunté, cuando hubo terminado.

-¡Oh!, que se alegran de verlo, y que por lo que les dije comprenden que usted quiere protestar de algo, de modo que hable y ellos harán lo que sea justo.

-Tardó mucho tiempo en decirlo -le contesté.

-¡Oh!, el resto eran cortesías y bonjour y todo lo demás -dijo Case-. Ya sabe cómo son los canacos.

-Bueno, pues no van a sacarme muchos bonjour a mí -le repliqué-. Dígales quien soy yo. Soy un blanco, un súbdito británico, y un gran jefe en mi país; y he venido aquí a hacerles bien, a traerles la civilización; ¡y en cuanto ordené mis mercaderías, ellos me declaran tabú, y nadie se atreve a acercarse a mi casa! Dígales que no pienso protestar por nada que sea legal, y que si lo que quieren es un regalo, haré lo que sea justo. No censuro que los hombres busquen su ventaja, porque está en la naturaleza humana; pero si creen que me van a convencer con sus ideas nativas, están equivocados. Y dígales con toda claridad que exijo una explicación de este trato, como blanco y súbdito británico.

Ese fue mi discurso. Sé cómo hay que tratar con los canacos. Hay que hablarles con sentido común y tratarlos bien y (tengo que hacerles justicia) ellos se avendrán siempre a razones. No tienen un verdadero gobierno, ni una ley verdadera y eso es lo que hay que meterles en la cabeza; y aunque los tuvieran, sería una mala broma que trataron de aplicárselos a un blanco. Sería algo muy extraño que viniéramos hasta tan lejos y no pudiéramos hacer lo que nos pareciera. El sólo pensarlo siempre me irritaba, y dije lo que tenía que decir con bastante energía. Luego, Case lo tradujo (o mejor dicho, fingió hacerlo) y el primer jefe replicó, y luego el segundo, y luego el tercero, todos en el mismo estilo, con tranquilidad y suavidad, pero solemnes debajo de todo eso. Una vez le hicieron una pregunta a Case, y él la contestó, y todos ellos (jefes y pueblo) se echaron a reír a carcajadas y me miraron. Por fin, el viejo arrugado, y el jefe joven y fuerte que habló el primero empezaron a preguntarle a Case una especie de catecismo. A veces, comprendía que Case trataba de esquivarse, pero ellos insistían como sabuesos, y el sudor le corría por la cara, lo que no era

para mí un espectáculo muy agradable, y al oír algunas de sus respuestas la multitud gemía y murmuraba, lo que era aún peor de oír. Era una verdadera lástima que yo no supiera el idioma nativo, porque (como ahora supongo) le estaban haciendo a Case preguntas acerca de mi matrimonio, y a él le debía haber costado mucho convencerlos de lo que quería. Pero Case podía arreglárselas solo; tenía la inteligencia suficiente para gobernar un parlamento.

-Bueno, ¿eso es todo? -le dije, después de una pausa. -Venga conmigo -me contestó, secándose la cara-: se lo contaré todo afuera.

-¿Quiere decir que no piensan levantarme el tabú? -exclamé.

-Es algo raro -dijo-. Se lo diré afuera. Será mejor que salgamos.

-No estoy dispuesto a resignarme -exclamé-. No soy un hombre de esa clase. No soy de los que dan la vuelta y huyen ante un puñado de canacos.

-Bien lo sé -dijo Case.

Me miró intencionadamente; y los cinco jefes me miraron también con cortesía, pero con hostilidad; y los demás me miraron con irritación. Recordé a la gente que vigilaba mi casa;

y cómo el pastor se había estremecido en su púlpito sólo al verme; y todo aquello me pareció tan absurdo que me levanté y seguí a Case. La multitud nos dejó pasar, los chicos corrieron gritando, y nosotros dos, los blancos, nos alejamos mientras nos observaban.

-¿A qué viene todo esto? -dije.

-La verdad es que yo no lo comprendo. No le quieren -dijo Case.

-¡Y por eso me declaran tabú! -exclamé-. ¡Nunca oí cosa semejante!

-Es algo peor -repuso Case-. No le han declarado tabú. Ya le dije que eso no podía ser. La gente no quiere acercársele, Wiltshire, eso es todo.

-No quieren acercárseme. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué no quieren acercarse a mí? -exclamé.

Case vaciló:

Al parecer tienen miedo -dijo en voz baja. Me detuve.

-¿Miedo? -repetí-. ¿Se ha vuelto loco, Case? ¿De qué tienen miedo?

-Querría saberlo -repuso Case moviendo la cabeza-. Al parecer es una de sus supersticiones. Por eso no lo entiendo -dijo-. Es como el caso de Vigours.

-Me gustaría saber lo que quiere usted decir con eso -le dije.

-Bien, ya sabe que Vigours huyó, abandonando todo -dijo él. Fue por causa de una superstición, no sé de cuál; pero comenzó a tener muy mal cariz desde el principio.

-Yo he oído contar una historia diferente -dije- y conviene que se lo diga; me dijeron que huyó por causa de usted.

-¡Oh, creo que le daría vergüenza contar la verdad! -dijo Case-. Creo que pensaría que era una tontería. Y es cierto que yo lo despedí. ¿Qué harías tú? -me dijo-. «Vete y no lo pienses dos veces», repuse. Me alegré mucho de que se fuese. No se me ocurría volver la espalda a un camarada cuando está en mala situación, pero había demasiados inconvenientes en el pueblo y no sabía cómo iba a terminar aquello. Yo hice mal en estar tanto con Vigours. Ahora me lo reprochan. ¿Ha oído cómo Maea, el gran jefe, el joven decía «Vika»? Era él a quien se referían. No parecen haberlo olvidado.

-Todo eso está muy bien -dije-, pero no me dice lo que pasa.

-Querría saberlo -repuso Case-. Pero no puedo decirle más.

-Podría haberles preguntado -dije.

-Ya lo hice -repuso él-. Pero usted habrá visto, si no es ciego, que no conseguí nada. Llegué hasta donde se podía en defensa de otro blanco; pero estando aquí tengo que pensar en mí primero. Lo malo es que soy demasiado bueno. Y me permito decirle que debería mostrar más gratitud hacia el hombre que se ha molestado tanto por usted.

-En eso estoy pensando -dije-. Fue usted un necio estando tanto en compañía de Vigours. Afortunadamente, no lo ha hecho en mi caso. No ha venido a mi casa una sola vez. Hable: ¿usted sabía esto antes?

-No -dijo él-. Es cierto que no fui a visitarle. Fue un descuido y lo lamento, Wiltshire. Pero ahora está completamente claro.

-¿Quiere decir que no vendrá? -pregunté.

-Lo siento muchísimo, amigo mío, pero esa es la verdad -dijo Case.

-En resumen, tiene usted miedo -dije. -En resumen, tengo miedo -repuso.

-¿Y yo soy tabú por nada? -pregunté.

-Le dije ya que no es tabú -dijo él-. Los canacos, no quieren acercarse a usted, eso es todo. ¿Y quién va a obligarlos? Debo confesar que nosotros los comerciantes tenemos mucho ánimo; hacemos que estos pobres canacos abandonen sus leyes y sus tabúes, siempre que nos conviene. Pero no puede esperar que haya una ley que obligue a la gente a entrar en su almacén si no quiere. ¿No va a creer que podemos hacerlo? Y tengo que recordarle, Wiltshire, que yo soy también un comerciante.

-Yo no hablaría de valor si fuera usted -dije-. Aquí yo sólo veo una cosa: ninguna de esta gente quiere negociar conmigo, y toda va a negociar con usted. Usted tendrá la copra y yo me iré al demonio. Y yo no conozco el nativo, usted es el único hombre digno de mención que habla en inglés aquí, ¡y viene a decirme que mi vida corre peligro, pero que no sabe a qué se debe!

-Bien, eso era todo lo que tenía que decirle -dijo él-. No creo que me gustase saberlo.

-¡Y se vuelve de espaldas y me deja solo! ¿Esa es su postura? -pregunté.

-Si quiere ponerlo así, pero yo no lo diría. Sólo digo: Voy a mantenerme alejado de usted, pues de lo contrario voy a ponerme en peligro.

-¡Bien! -repuse-. ¡Es usted un lindo ejemplar de blanco!

-Comprendo que esté molesto -repuso-. Yo lo estaría. Le presento mis excusas.

-Perfectamente -dije-. Vaya a presentar sus excusas a otra parte. ¡Éste es mi camino, vaya usted por el suyo!

Así nos separamos y yo me fui directamente a casa y hallé a Uma probándose la mercadería como si fuese un niño. -Deja esas cosas -dije-. Tengo otras cosas de que preocuparme. ¡Y creo que te dije que preparases la comida! Entonces le hablé ásperamente, como se merecía. Ella se cuadró ante mí, como un centinela ante su oficial; pues debo confesar que siempre estuvo bien educada y mostró gran respeto hacia los blancos.

-Y ahora tienes que entender una cosa: ¿por qué soy tabú? O si no soy tabú, ¿por qué no se acercan a mí?

Ella me miró abriendo mucho los ojos. -¿No lo sabes? -dijo por fin.

-¡No! ¿Cómo iba a saberlo? En mi país no existen esas cosas.

-¿Ése no te lo dijo? -preguntó ella de nuevo.

(Ése era el nombre que los nativos daban a Case; podía significar extranjero o extraordinario; o una manzana; pero lo más probable era que fuese su nombre mal repetido por los canacos.)

-No me ha dicho casi nada -dije yo. -¡Maldito Ése! -exclamó ella.

Podía considerarse chistoso oír que una muchacha canaca lanzaba un juramento. Pero no era así. Ella no sentía cólera y hablaba seriamente. Permanecía en pie, mientras decía aquello. Nunca había oído a una mujer que hablase así y me asombró. Luego hizo una reverencia, pero con orgullo y extendió las manos.

-Me avergüenzo -dijo-, creí que lo sabías. Ése me dijo que lo sabías, que no te importaba, que me amabas mucho. Yo soy la tabú -me dijo llevándose las manos al pecho como hizo la noche de bodas-. Sí, yo soy tabú, tabú tú también. Entonces si yo me voy, el tabú se irá

también. Entonces tendrás la copra. Creo que es lo que prefieres, Tofa alii -dijo en nativo-. Adiós jefe.

-No vayas tan de prisa -dije. Me miró sonriendo.

-Tú te quedas con la copra -dijo como el que ofrece dulces a un niño.

-Urna, atiende a razones. Yo no sabía eso, en verdad y Case parece habernos jugado una mala pasada a los dos. Pero ahora lo sé y no me importa; te amo demasiado. No me dejes, lo sentiría mucho.

-Tú no me amas -exclamó ella-, ¡me has dicho malas palabras! -Y arrojándose a un rincón de la habitación, comenzó a llorar.

Bien, no soy ningún sabio, pero no había nacido ayer y pensé que lo peor había pasado ya. Sin embargo, ella yacía de cara a la pared -sollozando como una niña-. Es extraño lo que le pasa a un hombre cuando está enamorado; pues hay que decir lo que era: canaca y todo yo me había enamorado de ella. Traté de coger su mano, pero ella no lo consintió.

-Uma -dije-, no tiene sentido llorar de esa manera. No llores, yo quiero a mi mujercita. Te lo juro.

-No es verdad -sollozó.

-Está bien -dije-. Esperaré hasta que se te haya pasado y me senté junto a ella en el suelo, y le acaricié el cabello. Al principio se resistió; pero luego pareció no advertirlo; luego sus sollozos se fueron calmando, y alzó el rostro hacia mí.

-¿Dices la verdad? ¿Quieres que me quede? -preguntó.

-Uma -dije-. Te prefiero a toda la copra de los Mares del Sur -lo cual era mucho, y lo más raro de todo es que era verdad.

Uma me echó los brazos al cuello y pegó su rostro al mío que es la manera de besar que tienen los nativos, y me mojó con sus lágrimas. Nunca había tenido tan cerca de mí a nadie que no fuese aquella mujer. Eran muchas cosas juntas y todas contribuían a volverme loco. Uma era muy linda; al parecer era mi única amiga en aquel lugar; y yo estaba avergonzado de haberle hablado con dureza, pues era una mujer, mi esposa, y yo sentía en la boca la sal de sus lágrimas. Me olvidé de Case y de los nativos; y de aquella historia, o si la recordaba era para desechar el recuerdo; y me olvidé de qué había venido, no tendría copra, y no podría por lo tanto ganarme la vida; me olvidé de mis empleadores, del flaco servicio que les prestaba, al preferir mis caprichos a sus negocios; y me olvidé de que Uma no era realmente mi mujer, sino una muchacha engañada miserablemente. Pero eso es ir demasiado lejos. Volvamos, a lo inmediato.

Era tarde cuando pensamos en comer. La lumbre estaba apagada, y el fogón frío; pero lo encendimos al cabo de un tiempo y cada cual preparamos un plato, jugando como los niños. Y yo anhelaba de tal modo su proximidad que comí con ella sentada en mis rodillas, sujetándola con una mano y comiendo con la otra. Y más aún. Uma era la peor cocinera que haya hecho Dios; las cosas que preparaba no las habría comido un caballo; sin embargo aquel día comí lo que ella había preparado, y no tuve que esforzarme para encontrarlo bueno.

No me engañé, ni la engañé. Vi que estaba enamorado; y si ella quería burlarse de mí, lo haría. Y creo que esto fue lo que la hizo hablar, pues entonces dijo que éramos amigos. Me dijo muchas cosas sentada en mi regazo y comiendo de mi plato mientras yo comía del suyo; muchas cosas acerca de su madre y de Case, todas ellas muy aburridas, si las hubiera tenido que considerar, pero de las cuales daré una idea, por la importancia que tuvieron en mis asuntos como pronto se verá.

Al parecer Uma nació en una de las Islas de la Línea; estuvo allí sólo dos o tres años, y luego vino con un hombre blanco que estaba casado con su madre que ya había muerto; en Falesa sólo llevaba un año. Antes se habían movido mucho, siguiendo al hombre blanco, que era una de esas piedras sueltas que van en busca de un trabajo fácil. Hablan de buscar oro,

cuando ven un arco iris; pero si un hombre busca un empleo que le dure toda la vida, debe comenzar por un trabajo fácil. Eso le proporciona de comer y de beber, pues nunca se ha oído que muera de hambre y rara vez se los encuentra sobrios; y en cuanto a deportes, las peleas de gallos no se cuentan entre sus favoritos. Sea como fuese, aquel aventurero llevaba a madre e hija de un lado a otro, pero principalmente a las islas lejanas, donde no había policía y podía hallar el trabajo fácil. Yo tengo mi criterio de toda la historia, pero me alegré que hubiera mantenido a Uma alejada de Apia, Papeete y todas aquellas elegantes ciudades. Finalmente llegó a Falealii, tuvo trabajo -¡sabe Dios cómo!-, lo echó a perder como solía, y murió pobre, en una tierra de Falesa que obtuvo en pago de una deuda, y que fue todo cuanto dejó a su mujer e hija. Al parecer, Case animó a las dos todo cuanto pudo y las ayudó a construir la casa. Entonces era bondadoso, dio trabajo a Uma y no cabe duda de que cuidó de ella desde el primer momento. Sin embargo, apenas instaladas apareció un nativo joven que se quiso casar con ella. Era un jefecillo, tenía algunas finas esterillas y viejos cánticos de familia, y era «muy buen mozo», al decir de Uma; y todo ello era extraordinario tratándose de una forastera sin dinero.

Al principio sentí unos violentos celos.

-¿Y quieres decir que te habrías casado con él? -exclamé.

-Ioe, sí -dijo ella-. ¡Me gustaba mucho!

-¿Y si yo hubiera llegado después?

-Ahora me gustas más tú -dijo ella-. Pero si me hubiera casado con Ioane, habría sido una buena esposa. No soy una canaca común. ¡Soy una buena chica! -dijo.

Bien, tuve que contentarme con aquello, pero les aseguro que no me gustó nada. Y me alegré del final del cuento más que del principio. Pues parece que esta proposición de matrimonio fue el principio de todo. Al parecer antes de aquello Uma y su madre habían estado mal miradas en la isla; e incluso cuando Ioane se presentó, hubo al principio menos inconvenientes de los que se esperaban. Y luego, de repente, unos seis meses antes de mi llegada, Ioane se marchó de la isla, y desde aquel día Uma y su madre se habían visto aisladas. Nadie iba a su casa, nadie les hablaba en la calle. Cuando iban a la iglesia, las otras mujeres se llevaban las esterillas lejos de ellas. Era como una excomunión real de la Edad Media, pero su causa no se conocía. Era algún tala pepelo, dijo Uma, algún embuste, alguna calumnia; y ella creía que eran las muchachas celosas por la suerte que ella había tenido con Ioane que se vengaban cuando él la dejó, y le gritaban, cuando la veían en el bosque, que no se casaría.

-Decían que ningún hombre se casaría conmigo. Que tendría miedo -dijo.

El único que fue a verlas después de aquella deserción fue Case. Incluso él, no prodigaba sus visitas y solía venir de noche; pero pronto comenzó a cortejar a Uma. Yo estaba aún irritado por lo de Ioane, y cuando salió a relucir Case, del mismo modo, la paré en seco.

-Bien -dije sonriendo-, ¿supongo que encontrarías a Case «muy buen mozo» y te «gustaría mucho?».

-No digas tonterías -dijo ella-. El hombre blanco, viene aquí, yo me caso con él y sigo siendo canaca; él se casa conmigo como con una blanca. Supongamos que no se casa, que se marcha. Todos son iguales, corazón de Tonga, no pueden amar. Pero tú vienes y te casas conmigo. Eres un gran corazón... no tienes vergüenza de que sea una isleña. Yo te amo mucho por eso. Estoy muy orgullosa.

Creo que no me he sentido peor en ningún día de mi vida. Dejé el tenedor, y aparté a la «isleña»; misteriosamente no sabía qué hacer con ninguna de las dos cosas, y me puse a pasear por la casa, mientras Uma me seguía con ojos preocupados. Pero yo no sabía qué decir. Tanto deseaba y temía hacer una confesión de todo ello. Y entonces llegó hasta nosotros el ruido del mar; se oyó repentinamente claro y próximo cuando el barco dobló el

cabo, y Uma corrió a la ventana, y gritó que «Misi» venía a hacer una de sus visitas periódicas.

Pensé que era raro que yo me alegrase de recibir a un misionero; pero era lo cierto.

-Urna -dije-, quédate en esta habitación y no te muevas de ella hasta que yo haya vuelto.

III

Cuando salí a la galería, la barca de la misión se dirigía a la embocadura del río. Era un largo ballenero pintado de blanco; un pequeño toldo a proa; un pastor nativo sentado en la toldilla de popa, al timón; unos veinticuatro remos que brillaban y se hundían al compás de la canción marinera; y el misionero bajo el toldo, con sus ropas blancas, leyendo un libro. Era algo lindo de ver y oír; no hay mejor espectáculo en las islas que una barca misionera con una buena tripulación que sepa cantar bien; y yo lo contemplé durante medio minuto, quizá con un poco de envidia, y luego bajé despacio hacia el río.

Desde el lado opuesto, otro hombre se dirigía al mismo lugar, pero echó a correr y llegó primero. Era Case; sin duda su idea era apartarme del misionero, que podía servirme de intérprete; pero mis pensamientos estaban en otra cosa. Pensaba en cómo nos engañó en lo del matrimonio, probando primero con Uma; y al verle, la rabia se me escapó por la nariz.

-¡Márchese de aquí, ladrón tramposo! -le grité.

-¿Qué es lo que dice? -me preguntó.

Volví a repetírselo, remachándolo con un buen juramento.

-Si lo pillo alguna vez a menos de seis brazas de mi casa -grité-, le meteré una bala en su miserable cuerpo. -Puede hacer lo que quiera con su casa -me contestó-, porque no pienso ir a ella; pero éste es un lugar público.

-Es un lugar donde tengo un asunto privado -le dije-. No me gusta que un perro como usted ande husmeando, y se lo aviso para que se marche.

-Pues no lo acepto -dijo Case.

-Ya le enseñaré yo -le contesté.

-Eso, lo veremos -dijo él.

Sabía usar con rapidez sus manos, pero le faltaban estatura y peso, pues era una miserable criatura frente a un hombre como yo, y, además, la cólera ardía en mí con tal fuerza que habría podido partir una piedra. Le pegué una y otra vez, sintiendo cómo se le sacudía y crujía su cabeza, y luego él cayó.

-¿No ha tenido bastante? -grité. Pero él se limitó a alzar

la cabeza, pálido y perplejo, con la cara manchada de sangre como una servilleta de vino-. ¿No ha tenido bastante? -le grité de nuevo-. Hable y no se quede ahí quieto, o le daré un puntapié.

Él se sentó al oír eso y se sujetó la cabeza (por su aspecto se comprendía que le daba vueltas) y la sangre empezó a caerle sobre el pijama.

-He tenido bastante por esta vez -dijo, y se levantó tambaleándose y se fue por donde había venido.

El barco se acercaba; vi que el misionero dejaba el libro, y sonreí para mis adentros

«Así sabrá que soy un hombre», pensé.

Era la primera vez, en todos mis años de Pacífico, que cambiaba dos palabras con un misionero y, menos aún, para pedirle un favor. No me gustaban los misioneros, a ningún comerciante le gustan; nos miran con desdén, sin ocultarlo y, además, están bastante caniguizados, y prefieren el trato con los nativos que con los hombres blancos como ellos. Yo

me había puesto un pijama rayado limpio... porque, desde luego, había querido vestirme decentemente para presentarme ante los jefes; pero cuando vi al misionero bajar del barco con su uniforme, su traje blanco, su casco colonial, su camisa y corbata blancas, y calzado con botas amarillas, me entraron ganas de tirarle piedras. Cuando se acercó, mirándome con bastante curiosidad (me imagino que por la pelea), vi que parecía muy enfermo, porque la verdad era que tenía fiebre y acababa de sufrir un ataque en el barco.

-¿El señor Tarleton, verdad? -dije, porque me habían dado su nombre.

-¿Y usted, me imagino, es el nuevo comerciante? -dijo él.

-Antes que nada quiero decirle que no le tengo simpatía a las misiones -continué- y creo que usted y los suyos hacen mucho daño, llenándole a los nativos la cabeza con cuentos de vieja y estupideces.

-Usted tiene un perfecto derecho a exponer sus opiniones -me contestó, mirándome con cierto mal humor-, pero yo no tengo la obligación de escucharlas.

-Pues da la casualidad de que las tiene que escuchar -dije-. No soy misionero ni amigo de los misioneros; no soy un canaco, ni favorecedor de los canacos... no soy más que un comerciante; no soy más que un condenado, despreciable y vulgar blanco y súbdito británico, uno de esos hombres en los que le gustaría limpiarse las botas. ¡Creo que está bien claro!

-Sí, hombre -me contestó-. Mucho más claro que loable. Cuando esté sobrio, se arrepentirá de esto.

Trató de seguir adelante, pero yo lo retuve con la mano. Los canacos empezaban a gruñir. Creo que no les gustaba mi tono, porque le hablaba a aquel hombre con la misma libertad con que lo hablaría a usted.

-Ahora, no podrá decir que lo engañé -dije-, puedo continuar. Necesito un servicio... en realidad, necesito dos servicios; y, si usted quiere hacérmelos, tal vez me interesaré más por lo que usted llamaría su cristianismo.

Él guardó silencio un momento. Luego, sonrió. -Es usted un hombre bastante extraño -me dijo. -Soy la clase de hombre que Dios me hizo -le contesté-. No pretendo ser un caballero.

-Yo no estaría tan seguro -me dijo-. ¿Y en qué puedo servirlo, señor?...

-Wiltshire -dije-, aunque generalmente me llaman Welsher; pero como se debe decir es Wiltshire, si la gente de la playa quisiera emplear bien sus lenguas. ¿Y qué quiero? Bueno, le diré lo primero. Soy lo que usted llamaría un pecador (lo que yo llamo un sinvergüenza) y quiero que me ayude a resarcir a una persona a quien engañé.

Él se volvió y habló a su tripulación en idioma nativo.

-Y ahora estoy a su disposición -me dijo-, pero sólo

mientras mi tripulación come. Tengo que estar mucho más abajo de la costa antes de que sea de noche. Tuve que demorarme esta mañana en Papa-Malulu, y mañana por la noche tengo un compromiso en Fale-alii.

Lo conduje hasta mi casa en silencio, y bastante satisfecho de mí mismo por el cómo había llevado la conversación, porque me gusta que un hombre conserve su respeto de sí mismo. -Lamento haberlo visto pelear -me dijo él.

-Oh, eso es parte de la historia que quería contarle -dije-. Es el servicio número dos. Después de que la haya escuchado, me dirá si lo lamenta o no.

Atravesamos el almacén, y a mí me sorprendió ver que Uma había retirado los cacharros del desayuno. Era algo tan poco propio de ella, que comprendí que lo había hecho por gratitud, y me gustó más aún. Ella y el señor Tarleton se llamaban por sus nombres y él la trataba, al parecer, con mucha cortesía. Pero pensé un poco y me dije: siempre tienen cortesía con los canacos; a nosotros, los blancos, son los que tratan con soberbia. Aparte de que yo necesitaba en aquel momento al señor Tarleton. Iba a pedirle lo que quería.

-Uma -dije-, danos tu certificado de matrimonio -ella me miró enojada-. Vamos -dije-, puedes confiar en mí. Dámelo.

Ella lo llevaba encima, como de costumbre; creo que pensaba que era un pase para el cielo y que si moría sin tenerlo a mano iría al infierno. No pude ver dónde lo había puesto la

primera vez, no pude ver ahora de dónde lo sacó; parecía que le había saltado de la mano, como en ese asunto de la Blavatsky esa de que hablan los diarios. Pero pasa lo mismo con todas las mujeres de la isla, creo que se lo enseñan cuando son jóvenes.

-Ahora bien -empecé, con el certificado en la mano; Black Jack, el negro, me casó con esta muchacha. Case extendió el certificado, y le juro que es un lindo trozo de literatura. Desde entonces, me he enterado de que hay una especie de maldición en el lugar contra mi mujer y que, mientras viva con ella no puedo negociar. Ahora bien, ¿qué haría en mi lugar cualquier hombre, que fuera hombre? -le pregunté-. Creo que lo primero que haría sería esto -y tomé el certificado, lo desgarré y tiré los trozos al suelo.

-¡Aué!-gimió Uma y empezó a batir palmas; pero yo tomé una de sus manos en las mías.

-Y la segunda cosa que haría -continué-, si era lo que yo llamo un hombre, y usted llamaría un hombre, señor Tarleton, sería llevar a la muchacha delante de usted o de cualquier otro misionero, y decirle: «Me casaron mal con mi esposa, pero yo la quiero mucho, y ahora quiero que me casen bien.» Empiece, señor Tarleton. Y creo que será mejor que lo haga en idioma nativo; eso le gustará a la vieja -dije, dándole el nombre que debía darse a una esposa.

Así que trajimos a dos de la tripulación como testigos, y nos casaron en nuestra propia casa; y el pastor rezó bastante, debo decirlo (aunque no tanto como otros) y nos estrechó las manos a los dos.

-Señor Wiltshire -me dijo, después de extender el certificado y despedir a los testigos-, tengo que darle las gracias por el gran placer que me dio. Rara vez realizo la ceremonia del matrimonio con tal emoción de agradecimiento.

Eso era lo que usted llamaría ganas de hablar. Además, iba a seguir con más cosas por el estilo, y yo estaba dispuesto a aguantar todas sus mieles, porque me sentía contento. Pero a la mitad del matrimonio algo le había llamado la atención a Uma, y nos interrumpió.

-¿Cómo te lastimaste la mano? -preguntó. -Pregúntaselo a la cabeza de Case, vieja -le dije. Ella saltó de alegría, cantando.

-No parece que haya conseguido usted hacerla muy cristiana -le dije al señor Tarleton.

-No nos parecía una de las peores -me contestó él cuando estaba en Fale-alii; y si Uma tiene mala voluntad a alguien, me sentiría tentado a pensar que es con buen motivo.

-Bueno, ahora viene el servicio número dos -dije-. Quiero contarle nuestra historia, para ver si usted nos la puede aclarar algo.

-¿Es larga? -me preguntó.

-Sí -exclamé-, es una historia bastante larga. -Bueno, le concederé todo el tiempo de que dispongo -me dijo, mirando su reloj-. Pero le diré con franqueza que no he comido desde esta mañana y que, a menos que me dé algo, lo más probable es que no vuelva a comer antes de las siete u ocho de la noche.

-¡Le daremos de comer, vive Dios! -exclamé.

Me avergonzó un poco mi juramento, cuando todo marchaba bien; y supongo que el misionero pensaba lo mismo, pero fingió mirar por la ventana y nos dio las gracias.

De modo que le dimos de comer. Tenía que dejar que la vieja preparara parte de ella, para lucirse, así que le dejé que hiciera el té. Creo que nunca he visto un té como el que nos sirvió. Pero eso no fue lo peor, porque se apoderó del salero, que consideraba un toque europeo extra, y convirtió mi estofado en agua del mar. En conjunto, el señor Tarleton cenó bastante mal; pero se entretuvo bastante, porque mientras cocinábamos y después, mientras fingía

comer, yo le puse al corriente de todo lo relativo a Case y la playa de Falesa, y él me hacía preguntas para demostrarme que me seguía con atención.

-Bueno -dijo por fin-, me temo que tiene un enemigo peligroso. El tal Case es muy inteligente, y me parece realmente malo. Le confieso que hace más de un año que no le quito el ojo de encima, y siempre salí mal en nuestros encuentros. Aproximadamente por la época en que el representante de su firma huyó tan de repente, recibí una carta de Namu, el pastor nativo, rogándome que viniera a Falesa lo antes posible, pues su grey estaba «adoptando las prácticas católicas». Yo tenía mucha confianza en Namu; me temo que eso sólo demuestra con qué facilidad nos engañan. Nadie podía escucharlo predicar sin persuadirse de que era un hombre de extraordinarias cualidades. Todos nuestros isleños adquieren con facilidad cierta elocuencia, y pueden decir e ilustrar, con gran vigor y fantasía, sermones de segunda mano; pero los sermones de Namu eran suyos, y no puedo negar que vi en ellos un medio de la gracia. Más aún, siente una aguda curiosidad por las cosas seculares, no le asusta trabajar, es un hábil carpintero, y se ha hecho respetar tanto por los pastores de las cercanías, que lo llamamos, medio en serio y medio en broma, el Obispo de Oriente. En una palabra, me sentía orgulloso de él; por eso, su carta me intrigó aún más y me apresuré a venir aquí. La mañana anterior a mi llegada, había enviado a Vigours, a bordo del Lion, y Namu estaba perfectamente tranquilo, al parecer avergonzado de haber escrito su carta, y poco dispuesto a explicarla. Eso, desde luego, era algo que yo no podía permitir, y él terminó confesándome que le había preocupado mucho descubrir que su gente se santiguaba, pero que desde que se enteró de la explicación se había quedado tranquilo. Porque Vigours tenía Mal de Ojo, algo muy común en un país de Europa llamado Italia, donde los hombres morían a menudo por culpa de ese maleficio, y que parecía ser que la señal de la cruz era un amuleto contra su poder.

-»Y yo lo explico de este modo, Mis¡ -dijo Namu-: el país ése de Europa es un país papista, y el demonio del Mal de Ojo debe ser un demonio católico o, por lo menos, acostumbrado a las costumbres católicas. De modo que razoné así: si la señal de la cruz se usara a la manera papista sería un pecado, pero si sólo se usa para proteger a los hombres contra un demonio, lo que en sí es una cosa inofensiva, la señal también tiene que serlo, del mismo modo que una botella no es buena ni mala, si no inofensiva. Porque la señal tampoco es buena ni mala. Pero si la botella está llena de ginebra, la ginebra es mala; y si la señal se hace por idolatría, la idolatría es mala.

»Y, cosa muy propia de un pastor nativo, tenía un texto acerca de la expulsión de los demonios.

»¿Y quién te ha hablado acerca del Mal de Ojo?» -le pregunté.

Reconoció que era Case. Ahora bien, pensará que tengo muy estrecho el criterio, señor Wiltshire, pero debo confesarle que me disgustó, y no podía creer que un comerciante y que no tenía nada de bueno, pudiera aconsejar o tener influencia alguna sobre mis pastores. Y, aparte de eso, habían corrido habladurías por la región acerca de que el viejo Adams había sido envenenado a las que no presté mucha atención; pero las recordé en aquel momento.

»-¿Y ese tal Case es un hombre de vida santa? -le pregunté.

»-Él reconoció que no; porque, aunque no bebía, era demasiado amigo de las mujeres y no tenía religión.

»Pero no es fácil tener la última palabra con un hombre como Namu. Un momento después me presentaba un ejemplo.

»-"Mis¡" -dijo- usted me contó que había muchos hombres sabios, que no eran pastores, ni santos, y que sabían muchas cosas dignas de enseñarse..., por ejemplo acerca de los árboles, y los animales, y de los libros impresos, y de las piedras que se queman para hacer cuchillos con ellas. Esos hombres

enseñan en la escuela y ustedes aprenden con ellos, pero cuidando bien de no aprender a ser malos. Mis¡, Case es mi escuela.

»-No sabía qué decir. Evidentemente, el señor Vigours había sido expulsado de Falesa por las maquinaciones de Case, y con algo parecido a la complicidad de parte de mi pastor. Recordé que fue Namu quien me tranquilizó acerca de Adams, y supuse que el rumor tenía su origen en la mala voluntad del sacerdote. Y comprendí que tenía que informarme más a fondo por una fuente más imparcial. Aquí hay un jefe viejo, un tunante llamado Faiaso, al que seguramente vio hoy en el consejo; ha sido toda su vida turbulento, astuto, instigador de rebeliones, y una espina en el costado de mi misión y la isla. A pesar de eso es muy astuto y, excepto en lo relativo a la política o sus propios pecados, dice siempre la verdad. Fui a su casa, le conté lo que había oído y le rogué que fuera franco. Creo que nunca tuve una entrevista más penosa. Quizá me comprenderá, señor Wiltshire, si le digo que tomo perfectamente en serio esos cuentos de vieja que usted me reprochó, y que estoy tan deseoso de hacer el bien a estos isleños como usted de agradar y proteger a su linda esposa. Y no debe olvidar que yo tenía a Namu por un dechado, y que me sentía orgulloso del hombre al que consideraba uno de los primeros frutos maduros de mi misión. Y ahora me enteraba de que había caído en una especie de dependencia de Case. Al comienzo no había existido corrupción; sin duda, comenzó por el miedo y el respeto producidos por los trucos y los engaños; pero me escandalizó descubrir que, últimamente, se le había agregado otro elemento, que Namu había tomado muchas cosas del almacén y que, según se creía, tenía una gran deuda con Case. Dijera lo que dijera el comerciante, Namu lo aceptaba tembloroso. Y no era el único en eso; en el poblado muchos vivían sometidos de modo parecido; pero el caso de Namu era mayor la influencia, por su intermedio, Case podía causar más daño*, y contando con cierta simpatía entre los jefes, y teniendo al' pastor en el bolsillo, el hombre era virtualmente dueño de¡ poblado. Usted sabe algo de lo que le pasó a Vigours y Adams, pero quizás no habrá oído nunca hablar del viejo Underhill, el predecesor de Adams. Recuerdo que era un hombre callado y' apacible, y que nos contaron que había muerto de repente; los blancos mueren muy de repente en Falesa. La verdad, tal como la conocí entonces, me heló la sangre. Parece ser que sufrió un ataque de parálisis general, y que quedó como muerto excepto por un ojo que guiñaba de continuo. Corrió la voz de que el anciano inválido era ahora un diablo, y el vil Case fomentó los miedos de los nativos, que aparentaba compartir, y fingió que no se atrevía a entrar en la casa solo. Por fin, abrieron una tumba, y enterraron al hombre vivo, al otro extremo del . pueblo. Namu, mi pastor, a quien yo había ayudado a educar, ofreció una oración durante la odiosa escena.

«Me encontraba en una situación muy difícil. Quizá mi deber habría sido denunciar a Namu y hacer que lo depusieran. Quizá lo pienso así ahora, pero por aquel entonces no me

parecía tan claro. Tenía mucha influencia, tal vez podía resultar mayor que la mía. Los nativos son proclives a la superstición; quizás al remover aquello no haría más que ahondar y difundir sus peligrosas fantasías. Y además, Namu, aparte de esa nueva y maldita influencia, era un buen pastor, un hombre capaz, y de mucha espiritualidad. ¿Dónde encontraría uno mejor? ¿Cómo podría hallar otro tan bueno? En aquel momento, con el fracaso de Namu fresco ante mis ojos, el trabajo de toda mi vida me parecía una burla; la esperanza había muerto dentro de mí. Era mejor reparar las herramientas que tenía, en vez de ir a buscar a otras partes otras nuevas que seguramente resultarían peores; y, en el mejor de los casos, el escándalo es algo que hay que evitar siempre que sea humanamente posible. Con razón o sin ella, decidí entonces callar. Durante toda la noche discutí con el descarriado pastor y traté de razonar con él, reprochándole su ignorancia y falta de fe, reprochándole su horrible actitud, de haber ayudado despiadadamente a un asesinato y de excitarse puerilmente por unas cuantas cosas pueriles e innecesarias; y antes de que fuera de día lo tenía de rodillas ante mí,

bañado en lágrimas de un arrepentimiento al parecer sincero. El domingo, subí al púlpito por la mañana, y prediqué, tomándolo del Primer Libro de los Reyes, versículo diecinueve, acerca del fuego y el temblor de tierra y la voz, distinguiendo el verdadero poder espiritual, y refiriéndome, con toda la claridad a que me atrevía, a los recientes acontecimientos de Falesa. El efecto que produje fue grande, y aumentó aún más cuando Namu se levantó a su vez y confesó que había tenido una falta de fe y de conducta y que estaba convencido de su pecado. Por eso, entonces, todo iba bien; pero había una circunstancia desgraciada. Se aproximaba el tiempo de nuestro «mayo» en la isla, la época en que se reciben las contribuciones de los nativos a las misiones; pensé que era mi deber hacer una notificación acerca del tema, y eso dio a mi enemigo su oportunidad, que no fue lerdo en aprovechar.

»La noticia de todo aquello debió haber llegado a Case en cuanto terminó el servicio de la iglesia, y aquella misma tarde, buscó una ocasión de encontrarse conmigo en el centro del poblado. Se me acercó con tanta decisión y animosidad que pensé que sería inconveniente el evitarlo.

»-Ah -dijo en idioma nativo- ahí tenéis a vuestro santo hombre. Ha estado predicando contra mí, pero no era eso lo que había en su corazón. Ha estado predicando el amor a Dios; pero eso tampoco estaba en su corazón, sólo entre sus dientes. ¿Queréis saber lo que había en su corazón? -exclamó-. ¡Yo os lo enseñaré!

»Y, agarrándome la cabeza, fingió sacar un dólar de ella y lo alzó en el aire.

»Entre la multitud hubo uno de esos rumores con que los polinesios reciben un prodigio. Yo mismo me quedé maravillado. Aquello no era más que un truco de prestidigitador que

he visto hacer en mi país cientos de veces; ¿pero cómo iba a convencerle de eso a los del poblado? Deseé haber aprendido prestidigitación en vez de hebreo, para poder pagar al hombre aquél con su misma moneda. Pero allí estaba yo; no podía quedarme quieto y silencioso, y lo mejor que se me ocurrió decir tenía poca fuerza.

»-Le agradeceré que no me vuelva a poner la mano encima -le dije.

»-No pienso hacerlo -me contestó él-; ni quiero privarle de su dólar. Aquí lo tiene -dijo, y me lo tiró a los pies. Me han contado que se quedó en el mismo lugar tres días.»

-Reconozco que lo hizo bien-le dije.

-¡Oh! es inteligente -me replicó el señor Tarleton- y ahora podrá usted ver por sí mismo lo peligroso que es. Tomó parte en la horrible muerte del paralítico; le han acusado de envenenar a Adams; echó de aquí a Vigours con unas mentiras que podrían haber conducido a su asesinato; y no cabe duda de que ahora ha decidido deshacerse de usted. No podemos saber por qué medios va a intentarlo; pero esté seguro de que será algo nuevo. Sus invenciones y astucias no tienen fin.

-Se toma muchas molestias -le dije-. Y, después de todo, ¿por qué?

-Pues... ¿cuántas toneladas de copra pueden obtenerse en esta región? -me preguntó el misionero.

-Yo diría que hasta unas sesenta toneladas -le contesté.

-¿Y cuál es la ganancia para el comerciante local? -me preguntó.

-Unas tres libras -le dije.

-Entonces, usted mismo puede calcular lo que saca con todo esto -me contestó el señor Tarleton-. Pero lo más importante de todo es derrotarlo. No cabe duda de que hizo correr falsos rumores acerca de Uma, para aislarla e imponerle su malvada voluntad. Como no lo logró, y vio que se presentaba en escena un nuevo rival, la usó de modo distinto. Ahora, lo primero que hay que hacer es investigar a Namu. Uma, cuando los demás empezaron a dejaros solas a ti y a su madre, ¿qué hizo Namu?

-Siguió viniendo -le contestó Uma.

-Me temo que el perro ha vuelto a su vómito -dijo el señor Tarleton-. Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted? Hablaré con Namu, le prevendré que lo observan; sería muy raro que permitiera que pasara algo que no debe, cuando le ponen en guardia. De todos modos, esa precaución puede fallar y tendrá que buscar por otra parte. Aquí tiene dos personas a las que puede dirigirse. Antes que nada, el sacerdote, que lo protegerá pensando en los intereses de los católicos; son un grupito muy chico pero cuentan con dos jefes. Y luego, el viejo Faiaso. ¡Ah!, unos años atrás no habría necesitado a nadie más; pero su influencia se ha reducido mucho, ha pasado a manos de Maea, y me temo que Maea es uno de los secuaces de Case. En fin, si ocurre lo peor, envíe a alguien o venga usted mismo a Fale-alii y, aunque no tengo que venir a este extremo de la isla hasta dentro de un mes, veré lo que puede hacerse.

Y el señor Tarleton se despidió de nosotros; media hora más tarde, la tripulación cantaba y brillaban los remos en el barco del misionero.

IV

Transcurrió casi un mes sin que pasaran grandes cosas. La misma noche de nuestro matrimonio Chanclos se presentó, nos trató con toda cortesía, y tomó la costumbre de venir al anochecer a fumar su pipa con la familia. Podía hablar con Uma, desde luego, y empezó a enseñarme el idioma nativo y el francés, al mismo tiempo. Era un viejo amable y charlatán, a pesar de que nunca he visto nadie más sucio, y me confundió con sus idiomas extranjeros peor que los mismos constructores de la torre de Babel.

Ése era todo nuestro empleo, y hacía que me sintiera menos solo; pero no había ninguna ganancia en él, porque aunque el sacerdote venía a vernos y charlaba, no atraía a ninguno de sus fieles a mi almacén; y si no hubiera sido por la otra ocupación que descubrí, no habría habido ni una libra de , copra en la casa. La idea era la siguiente: Fa'avao (la madre de Uma), tenía unos cuantos árboles con fruto. Claro está que no podíamos conseguir trabajadores, porque en la práctica éramos tabú, pero las dos mujeres y yo empezamos a trabajar y cosechamos la copra con nuestras manos. Era una copra que hacía agua la boca cuando se cosechó (nunca comprendí cuánto me robaban los nativos hasta que hice aquellas cuatrocientas libras con mis propias manos), y pesaba tan poco que me sentí inclinado a mojarla yo mismo.

Mientras trabajábamos, muchos canacos acostumbraban pasarse la mayor parte del día mirándonos, y una vez se presentó también el negro. Se quedó entre los nativos, riendo y haciendo muecas, hasta que empecé a irritarme.

-¡Eh, tú negro! -le grité.

-Yo no le dirijo la palabra, señor -me dijo el negro-. Sólo hablo con caballeros.

-Ya lo sé -le contesté-, pero yo sí me dirijo a ti, Black

Jack. Y lo qué quiero saber es lo siguiente: ¿le viste la cara a Case, hace dos semanas?

-No, señor -me dijo.

-Me parece muy bien -dije yo-; porque te voy a mostrar otra igual, sólo que negra, dentro de dos minutos.

Y me dirigí hacia él, despacio, con las manos bajas; la única amenaza era la de mis ojos, si alguien se tomaba la molestia de mirarlos.

-Es usted un tipo vil y pendenciero, señor -dijo el negro.

-¡Seguro! -le contesté.

Por aquel entonces, él debió pensar que yo me había aproximado ya todo lo conveniente, y echó a correr a tal velocidad que daba gusto verlo correr. Y ya no volví a ver a nadie de la banda hasta que ocurrió lo que voy a contar.

Una de mis principales ocupaciones en aquellos días era ir a cazar al bosque, que (como Case me había dicho), era muy abundante en caza. He hablado del cabo que cerraba el poblado y mi puesto desde el este. Un sendero ascendía por su extremo, y conducía a la bahía siguiente. Allí soplaba a diario un fuerte viento, y como la línea de arrecifes que formaban una barrera terminaba al extremo del cabo, las playas de la bahía tenían un fuerte oleaje. Una serie de pequeños acantilados cortaba en dos partes el valle, y se alzaba cerca de la playa; y con la marea alta el mar se estrellaba justo contra ellos, impidiendo el paso. Unas montañas boscosas rodeaban todo el lugar; la barrera del este era particularmente abrupta y tupida, y su parte inferior, junto al mar, bajaba a pico en negros acantilados, estriados de cinabrio; la parte superior estaba cubierta por las copas de grandes árboles. Algunos de los árboles eran de un verde claro, y otros rojos, y la arena de la playa tan negra como el betún. Muchos pájaros revoloteaban sobre la bahía, algunos de ellos blancos como la nieve; y el zorro volador (o vampiro) volaba allí en pleno día, rechinando los dientes.

Durante un tiempo no llegué más que hasta aquel lugar, sin ir más lejos. No se veía señales de ningún sendero más allá, y los cocoteros que había delante de la entrada del valle eran los últimos que había por allí. Pues todo el «ojo» de la isla, como los nativos llaman al extremo de barlovento, estaba desierto. Desde Falesa hasta Papa-Malulu no había ni casas, ni hombres, ni plantaciones de árboles; y el arrecife estaba casi siempre vacío, las orillas eran escarpadas, el mar golpeaba contra las rocas, y no había apenas un lugar donde desembarcar.

Debo agregar que después de que empecé a ir al bosque, aunque nadie se ofreció a venir a mi almacén, descubrí que había gentes dispuestas a pasar el día conmigo donde nadie pudiera verlas; y como empezaba a entender el idioma nativo y la mayoría de ellos sabían una o dos palabras de inglés, empecé a mantener pequeñas conversaciones con ellos, no de gran interés, desde luego, pero que me quitaban el mal sabor de la boca, porque a nadie le gusta que lo conviertan en leproso.

Por una casualidad, un día de finales del mes estaba yo sentado en la bahía, al borde de la selva, mirando hacia el este, con un canaco. Le había dado un poco de tabaco, y manteníamos una conversación lo mejor que podíamos: en realidad, él sabía más inglés que la mayoría.

Le pregunté si no había un camino que llevara hacia el este. -En otros tiempos había un camino -dijo-. Ahora murió.

-¿Nadie va allí? -le pregunté.

-No es bueno -dijo él-. Hay muchos demonios ahí.

-¡Oh! -exclamé-. ¿Con que hay muchos demonios en la selva?

-Hombres demonios, mujeres demonios; muchos demonios -dijo mi amigo-. Estaban allí todo el tiempo. Si ir allí, no volver.

Pensé que ya que aquel hombre estaba tan informado

acerca de los demonios y hablaba de ellos con tanta libertad, lo que no es común, debía sacarle alguna información acerca de mí y de Uma.

-¿Crees que yo soy un demonio? -le pregunté.

-No eres demonio -me replicó amablemente-. Creo que eres un tonto.

-¿Uma, es un demonio? -insistí.

-No, no; no es demonio. Los demonios no viven en la selva -dijo el joven

Yo miraba hacia el otro lado de la bahía y, de repente, vi abrirse la cortina de árboles de la selva, y a Case, con un fusil en la mano, que salía a la luz del sol, a la negra playa. Llevaba un pijama liviano, casi blanco, su fusil resplandecía y se destacaba mucho; los cangrejos de tierra huyeron en torno a él a sus agujeros.

-¡Eh, amigo! -dije-, no siempre dices la verdad. Ése fue y volvió de ella.

-Ése no es como los otros; ése es Tiapolo -dijo mi amigo; y después de decirme adiós, desapareció entre los árboles. Vi que Case daba la vuelta a la playa, donde la marea estaba baja, y dejé que se me adelantara en el camino de vuelta a Falesa. Iba absorto en sus pensamientos, y los pájaros parecían darse cuenta de ello, porque saltaban cerca de él en la arena, o revoloteaban y se llamaban alrededor de su cabeza. Cuando pasó cerca de mí, por el movimiento de sus labios pude ver que se iba hablando a sí mismo, y, cosa que me agradó mucho, que seguía teniendo mi marca en la frente. Le diré la pura verdad: me dieron ganas de repetir la faena en su fea cara, pero lo pensé mejor y me contuve.

Durante todo aquel tiempo, y mientras lo seguí hasta el poblado, fui recordando una palabra nativa que recordaba y que me llamó la atención, Tiapolo.

-Uma -dije cuando volví-, ¿qué significa Tiapolo?

-Demonio -dijo ella.

-Pensé que la palabra era aitu -dije.

-Aitu es otra clase de demonio -me contestó-, no deja entrar en la selva, se come a los canacos. Tiapolo es un gran jefe de los demonios, pero no viene aquí; es un demonio cristiano.

-Bueno -dije-, pues no me has aclarado gran cosa. ¿Cómo es posible que Case sea Tiapolo?

-No lo es -dijo ella- Ése pertenece a Tiapolo; Tiapolo se parece mucho a él; Ése es como su hijo. Supón que Ése desea algo, Tiapolo se lo da.

-Muy conveniente para Ése -le dije-. ¿Y qué clase de cosas son las que le da?

Bueno, entonces me contó toda una serie de historias, muchas de las cuales (como la del dólar que sacó de la cabeza del señor Tarleton), eran muy claras para mí, pero no conseguí sacar nada de las otras, y lo que más sorprendía a los canacos era lo que menos me sorprendía a mí... o sea, que él fuera al desierto en medio de tantos aitus. No obstante, algunos de los más atrevidos lo habían acompañado, y le oyeron hablar con los muertos y darles órdenes, y, gracias a su protección, habían regresado sanos y salvos.

Algunos decían que tenía allí una iglesia donde adoraba a Tiapolo, y Tiapolo se aparecía a él; otros juraban que no se trataba de ninguna brujería, que hacía sus milagros gracias al poder de la oración, y que la iglesia no era una iglesia, sino una prisión, donde había confinado a un peligroso aitu. Namu estuvo una vez en la selva con él, y regresó glorificando a Dios por esas maravillas. En conjunto, empecé a vislumbrar la posición del hombre, y los medios por los que la había alcanzado y, aunque comprendí que iba a ser duro de pelar, no por eso me sentí abatido.

-Muy bien -dije-, voy a echar una mirada al lugar donde reza el señor Case, y veremos qué hay con eso del glorificar a Dios.

Al oír eso Uma se agitó mucho; si yo iba a la selva, no volvería más; nadie podía ir allí, sin contar con la protección de Tiapolo.

-Yo me arriesgaré con la de Dios -le contesté-. No soy un mal hombre, Uma, comparado con muchos otros, y creo que Dios me ayudará a salir de allí.

Ella guardó silencio un rato.

-Creo -empezó con mucha solemnidad... y luego-: ¿Victoria es un gran jefe?

-¡Vaya si lo es! -asentí.

-¿Te quiere mucho? -me preguntó de nuevo.

Con una sonrisa, le contesté que pensaba que la vieja me tenía simpatía.

-Muy bien -dijo ella-, Victoria es un gran jefe y te quiere mucho. No puede ayudarte aquí en Falesa; no puede hacerlo... está muy lejos. Maea es un jefe pequeño... y está aquí. Supón que te quisiera... te ayudaría. Lo mismo pasa con Dios y Tiapolo. Dios es un gran jefe... pero

tiene mucho trabajo. Tiapolo es un jefe pequeño... pero le gusta mucho darse importancia y trabaja mucho.

-Voy a tener que devolverte al señor Tarleton -le dije-. Tu teología está un poco desquiciada, Uma.

No obstante, no dejamos el asunto en toda la noche y, con las historias que ella me contó del desierto y sus peligros, casi se provoca un ataque de espanto. Naturalmente, yo no recuerdo ni la cuarta parte de ellas, porque no le hacía mucho caso; pero recuerdo con claridad dos de ellas.

Unas seis millas más allá, costa arriba, hay una abrigada ensenada que ellos llaman Fangaanaana, «el puerto lleno de cuevas». La había visto desde el mar, acercándome a ella todo lo que se atrevieron mis hombres; y hay una pequeña playa de arena amarilla. La dominan los negros acantilados, llenos de las oscuras bocas de las cuevas; unos grandes árboles coronan los acantilados, dejando caer por ellos sus lianas, y en un lugar, más o menos en el centro, un gran arroyo baja en una cascada. Pues bien, una lancha fue por allí, con seis muchachos de Falesa, «todos muy hermosos», como dijo Uma, y eso fue su pérdida. Soplaba un fuerte viento, y cuando llegaron a Fangaanaana, y vieron la blanca cascada y la arenosa playa, todos estaban cansados y sedientos, y se habían quedado sin agua. Uno de ellos propuso que bajaran a tierra a beber y, como eran atrevidos, todos opinaron lo mismo, excepto el más joven. Lotu era su nombre; era un buen muchacho, y muy prudente; y les dijo que eran unos locos, que el lugar pertenecía a los espíritus, los demonios y los muertos, que no había ningún ser viviente a menos de seis millas por un lado, y quizá de doce por el otro. Pero todos se rieron de sus palabras y, como eran cinco contra uno, se acercaron a tierra, atracaron la lancha y desembarcaron. Era un lugar extraordinariamente agradable -dijo Lotu-, y el agua excelente. Dieron la vuelta a la playa pero no pudieron ver ningún camino para subir por los acantilados, lo que los tranquilizó un poco; y por fin se sentaron a comer los alimentos que habían llevado. Apenas acababan de sentarse, cuando de la boca de una cueva salieron seis mujeres de las más hermosas que habían visto; llevaban flores en los cabellos, y tenían unos senos muy hermosos y collares de semillas escarlata; y empezaron a bromear con los muchachos, y los muchachos a bromear con ellas, todos menos Lotu. Porque Lotu comprendió que no podía haber mujeres vivas en un lugar así, y huyó, tirándose al fondo de la barca, y cubriéndose la cara, empezó a rezar. Todo el tiempo que duró aquello, Lotu no dejó de rezar, y eso fue todo lo que supo, hasta que regresaron sus amigos, y lo hicieron incorporarse, y salir al mar de nuevo, dejando la bahía que ahora estaba desierta, sin que dijeran ni una palabra de las mujeres. Pero, lo que más asustó a Lotu, fue que ninguno recordaba nada de lo que había pasado, y todos se portaban como borrachos, cantando y riendo en la barca. El viento había refrescado y venía en ráfagas, y el mar se agitaba mucho; eran unas olas tales que cualquier hombre de las islas se habría asustado al verlas y habría huido a Falesa; pero los cinco estaban como locos, e izando todas las velas salieron a la mar. Lotu empezó a achicar; ninguno de los demás pensaba en ayudarlo, sino que cantaban y reían, hablando de cosas singulares más allá de la comprensión de cualquier hombre, riendo a carcajadas cuando las decían. De modo que durante el resto del día Lotu tuvo que achicar para salvar su vida, en el fondo de la barca, empapado de sudor y de la fría agua del mar; y nadie le hacía caso. Contra todo lo esperado, llegaron sanos y salvos, en medio de una horrible tempestad a Papa-malulu, donde las palmeras se agitaban y los cocos volaban por el aire como balas de cañón en torno al poblado; aquella misma noche los cinco muchachos enfermaron, y no volvieron a decir una sola frase razonable hasta su muerte.

-¿Y quieres decirme que te tragaste un cuento de esa clase? -le pregunté.

Ella me contó que la historia era muy conocida, y que tratándose de hombres jóvenes y buenos mozos, hasta era algo común; pero aquél era el único caso donde murieron cinco en

un misma día, después de pasarlo en la compañía amorosa de las mujeres-demonio; y eso causó una gran conmoción en la isla, y ella estaría loca si lo dudara.

-Bueno -le dije-, de todos modos, no tienes que asustarte por mí. No me interesan las mujeres-demonio. Tú eres todas las mujeres que quiero también todos los demonios.

A eso, ella me contestó que había también otras cosas, y que ella vio una con sus propios ojos. Un día se fue sola hasta la bahía vecina, y, quizá, llegó demasiado cerca del borde del lugar maldito. Las ramas y la maleza le ocultaban de la ladera de la colina, pero se hallaba al descubierto en un lugar llano, lleno de piedras y con muchos arbustos de unos cuatro o cinco pies de altura. Era un día muy oscuro de la estación de las lluvias, y de cuando en cuando había chaparrones que arrancaban las hojas y las hacían volar, y de cuando en cuando todo estaba tan silencioso como dentro de una casa. En uno de esos momentos de silencio, toda una bandada de pájaros y vampiros salieron volando de entre la maleza, como espantados. Al poco rato, ella oyó un crujido cerca de allí y vio, saliendo de entre los árboles, entre los arbustos, algo que parecía un delgado jabalí gris. Cuando se acercaba, pensó que era como una persona; y de repente, al verlo venir, comprendió que no era un jabalí, sino una cosa como un hombre, con pensamientos de hombre. Entonces, echó a correr, y el jabalí tras ella, y mientras corría, el jabalí aullaba con tal fuerza que todo el lugar vibraba con su aullido.

-Me gustaría haber estado allí con mi fusil -le dije-. Creo que el jabalí habría aullado, pero de sorpresa.

Pero ella me contestó que un fusil no servía de nada con cosas como aquélla, que eran espíritus de los muertos. Bueno, con esa clase de conversaciones pasamos casi toda la noche; pero, desde luego, no me hicieron cambiar de idea, y al día siguiente, con mi fusil y un buen cuchillo, emprendí el viaje de descubrimiento. Me encaminé, todo lo cerca posible, al lugar por donde vi salir a Case; porque si era cierto que él tenía alguna clase de establecimiento en la selva, me imaginaba que encontraría un sendero. El comienzo del desierto estaba marcado con una pared, por llamarla así, porque más bien era un largo montículo de piedras. Decían que llegaba hasta el otro extremo de la isla, pero cómo podían decirlo era otra cuestión, pues dudo de que nadie hubiera hecho el viaje en cien años, ya que los nativos solían quedarse siempre en las orillas del mar y sus pequeñas colonias a lo largo de la costa, y aquella parte era muy alta, abrupta y llena de acantilados. Hasta el lado este de la pared, el terreno está cultivado y hay cocoteros, guayabos y mimosas, muchas mimosas. justo al otro lado, empieza la selva; una selva muy tupida, con árboles que se alzan como los mástiles de una nave, y lianas que cuelgan como los cordajes de un barco, y orquídeas que crecen entre los árboles como hongos. El terreno, en los lugares donde no estaba cubierto de maleza, parecía un montón de peñascos. Vi muchas palomas verdes que podría haber cazado, pero yo llevaba una idea diferente. Cierto número de mariposas revoloteaban cerca del suelo, como hojas muertas; a veces, oía el grito de un pájaro, otras al viento que soplaba sobre mi cabeza, y siempre el mar que golpeaba la costa.

Pero lo más difícil de describir es lo extraño de aquel lugar, a menos que sea a alguien que ha estado también en una espesa selva. La claridad del día es siempre penumbra allí. El hombre no ve a su alrededor nada; mire a dónde mire, el bosque lo encierra por todas partes, con sus ramas unidas como los dedos de la mano; y siempre que escucha oye algo nuevo... hombres que hablan, niños que ríen, los golpes de un hacha allá a lo lejos, delante de él, y a veces algo que pasa rápido y sigiloso cerca de él y que le hace sobresaltarse y buscar sus armas. No importa que se diga que está solo, aparte de los árboles y los pájaros; tal vez fingirá creerlo; pero se vuelva a dónde se vuelva le parecerá que el lugar está lleno de vida, mirándolo. No crean que fueron las historias de Uma las que me excitaron; los cuentos de los nativos no valen dos centavos para mí; es algo natural cuando se está en la selva, y eso es todo.

Cuando me aproximaba a la cima de la colina, porque el terreno del bosque asciende en aquel lugar tan bruscamente como una escalerilla, el viento empezó a soplar con insistencia, y las ramas a agitarse y entreabrirse descubriendo el sol. Eso me agradó; el ruido era siempre el mismo, sin que nada me sobresaltara. Bueno, había llegado a un lugar donde había un bosquecillo de lo que ellos llaman cocoteros salvajes (muy lindo con sus frutos escarlata) cuando el viento me trajo el sonido de un canto como nunca había oído hasta entonces. De nada me servía decirme que eran las ramas, sabía que no era así. De nada me servía decirme que era un pájaro; nunca conocí un pájaro que cantara de aquel modo. El canto ascendía y crecía, y luego moría para crecer de nuevo; y entonces pensé que era como si alguien llorara, pero más lindo; y después pensé que eran arpas; y sólo estaba seguro de una cosa, de que aquello era demasiado dulce para ser algo sano en un lugar como aquel. Podrán reírse de mí si quieren; pero les declaro que recordé a las seis muchachas que habían salido, con sus collares escarlata, de la cueva de Falesa, y me pregunté si cantarían así. Nos reímos de los nativos y de sus supersticiones; pero sin embargo muchos comerciantes las aceptan, hombres blancos espléndidamente educados, que algunos de ellos han sido contadores y empleados en su país. Yo creo que la superstición crece en un lugar igual como las distintas clases de malas hierbas; y mientras escuchaba allí los gemidos, me estremecí de pies a cabeza.

Podrán llamarme cobarde por haberme asustado; yo pensé que era bastante valiente porque seguí adelante. Pero proseguí mi camino con mucho cuidado, con el arma dispuesta, espiando a mi alrededor como un cazador, esperando plenamente ver a una linda muchacha sentada en algún lugar de la selva, y plenamente dispuesto (si la encontraba) a descargarle una andanada de perdigones. Y, efectivamente, no había ido muy lejos cuando me encontré con algo muy raro. El viento pasó sobre la parte alta de la selva como una fuerte bocanada, las ramas que tenía delante se apartaron de golpe, y por un segundo vi algo que colgaba de un árbol. Desapareció al instante, pues la bocanada de aire pasó y las ramas se cerraron. Les diré la verdad; yo estaba dispuesto a ver un aitu; y si la cosa aquella se hubiera parecido a un cerdo o una mujer no me habría hecho la misma impresión. Lo malo era que parecía como cuadrada, y la idea de que una cosa cuadrada vivía y cantaba me dejó como tonto. Debí quedarme allí un buen rato; y me cercioré de que el canto procedía de aquel árbol. Entonces, empecé a recobrar la serenidad.

-Bueno -me dije- si eso es así, si este es el lugar donde hay unas cosas cuadradas que cantan, tengo que ir hasta allí de todos modos. Ya que pagué el precio, tengo que divertirme.

Pero pensé también que quizá me convendría decir una oración por si acaso servía de algo; de modo que me dejé caer de rodillas y recé en voz alta; y mientras rezaba, los sonidos extraños seguían llegando del árbol, y luego fueron subiendo y bajando, cambiando, igual que la música, aunque uno podía ver que no era algo humano... allí no había nada que uno pudiera silbar.

En cuanto terminé debidamente de rezar, dejé mi fusil, me puse el cuchillo entre los dientes, fui derecho hasta el árbol, y empecé a trepar. Les aseguro que mi corazón parecía de hielo. Pero de pronto, mientras subía, pude ver un momento la cosa, y eso me alivió, porque parecía como una caja; y cuando subí del todo, casi me caigo del árbol de tanto reír.

Era una caja, seguro, y una caja de velas, con la marca en uno de los costados; y tenía unas cuerdas de banjo tensas de tal modo que sonaban cuando soplaba el viento. Creo que lo llaman a eso un arpa gaélica[1], aunque no sé muy bien lo que significa.

-Bueno, señor Case -me dije- me asustó una vez, pero lo desafío a que me asuste otra -y diciéndolo bajé del árbol, y me dediqué de nuevo a buscar el cuartel general de mi enemigo que me imaginaba no debía andar muy lejos.

[1] Arpa eólica.

La maleza era muy espesa en aquel lugar; no podía ver delante de mis narices, y tenía que abrirme camino a la fuerza, usando el cuchillo al hacerlo, cortando las cuerdas de las lianas y partiendo arbolitos enteros de un golpe. Los llamo arbolitos por su tamaño, pero en realidad no eran más que hierbas altas, y fáciles de atravesar como zanahorias. A pesar de toda aquella vegetación tan espesa, iba diciéndome, el lugar pudo haber estado limpio de ella en otros tiempos, cuando di de bruces con un montón de piedras, y en un momento vi que era obra del hombre. El Señor sabe cuándo lo hicieron o cuándo lo abandonaron, porque aquella parte de la isla había permanecido vacía mucho antes de que llegaran los blancos. Unos pasos más allá, di con el sendero que andaba buscando. Era angosto, pero bien marcado, y vi que Case tenía muchos discípulos. Por lo visto, sin duda, era un atrevimiento puesto de moda el aventurarse hasta allí con el comerciante, y un joven no podía reconocerse como tal hasta que no le tatuaban las posaderas, por una parte, y había visto los demonios de Case, por otra. Eso es muy propio de los canacos; pero, si se mira de otro modo, también es muy propio de los blancos.

Seguí el sendero y un poco más allá me hallé frente a un claro y tuve que frotarme los ojos. Había un muro delante de mí, y el sendero lo atravesaba por una abertura; estaba medio derruido y era sin duda muy viejo, pero lo habían construido bien y con piedras grandes, y actualmente no hay en la isla un nativo capaz de hacer ni en sueños un trabajo así. A lo largo de toda su parte superior había una serie de extrañas figuras: ídolos, espantapájaros o qué sé yo. Tenían unas caras talladas y pintadas muy feas de ver, sus ojos y dientes estaban hechos de conchas, sus cabellos y claros vestidos ondeaban al viento, y algunos de ellos se movían con las ráfagas. Más hacia el oeste hay islas donde hacen esa clase de figuras hoy en día; pero si las hicieron alguna vez en esta isla, su práctica y su recuerdo han sido olvidados hace mucho tiempo. Y la cosa singular era que aquellos espantajos estaban tan nuevos y recientes como juguetes sacados de una tienda.

Entonces recordé que el primer día Case me había dicho que era un buen falsificador de curiosidades de la isla, cosa con la que muchos comerciantes ganan honestamente algún dinero. Y entonces comprendí todo el asunto y cómo aquella exhibición servía doblemente al hombre: primero, para añejar sus curiosidades, y luego para asustar a los que venían a visitarlo.

Pero debo también decirles (lo que hacía aún más curiosa la cosa) que todo el tiempo las arpas tirólicas sonaban en torno a mí entre los árboles, y mientras las miraba, un pájaro verde y amarillo (me figuro que estaría haciendo el nido) empezó a arrancar el pelo a una de las figuras.

Un poco más allá, encontré la mejor curiosidad de todo el museo. Lo primero que vi fue un montículo más bien largo y con una especie de curva. Apartando la tierra con las manos, descubrí debajo una lona extendida sobre maderos, de modo que aquel era, sin duda, el techo de un sótano. Se hallaba justo en lo alto de la colina, y la entrada estaba al otro extremo, entre dos rocas, como la entrada de una cueva. Fui hasta la curva y, al mirar más allá, vi una cara brillante. Era grande y fea, como la máscara de una pantomima, y su brillo aumentaba y disminuía y, a veces, humeaba.

-¡Ojo! -me dije-, ¡pintura luminosa!

Y debo reconocer que admiré el ingenio del hombre. Con una caja de herramientas y unos cuantos aparatos sencillos había conseguido hacer un perfecto templo de los demonios. Cualquier pobre canaco a quien llevaran allí en la oscuridad, con las arpas sonando a su alrededor, y que viera la cara humeante en el fondo del agujero, no dudaría ni un instante de que había visto y oído suficientes demonios para toda su vida.

Es muy fácil descubrir lo que piensan los canacos. Recuerde cómo era usted cuando tenía diez o quince años, y tendrá a un canaco medio; y la mayoría de ellos, también como los

Librodot

chicos, son medianamente honestos pero piensan que el robar es una travesura, y se asustan con facilidad y hasta les gusta asustarse. Recuerdo un chico con el que estudié en la escuela y que hacía algo parecido a Case. Ese chico no sabía nada; no sabía hacer nada; no tenía pintura luminosa ni arpas tirólicas; simplemente nos decía con todo descaro que era brujo, nos asustaba de muerte y eso nos encantaba. Y entonces recordé cómo el maestro había azotado una vez al muchacho, y lo sorprendidos que nos quedamos todos al ver que el brujo aceptaba los azotes y se quejaba como todos los demás. Yo me dije para mí, «Tengo que encontrar algún medio de ajustarle las cuentas a Case». Y en aquel mismo momento se me ocurrió la idea.

Volví por el sendero, que una vez hallado era muy fácil de encontrar y andar; y cuando salí a las arenas negras, ¡a quién iba a ver sino al mismo Case! Amartillé el fusil y me dispuse a usarlo; los dos nos acercamos el uno al otro y nos cruzamos sin decir palabra, cada uno mirando con el rabillo del ojo al otro; y en cuanto nos cruzamos cada uno dio media vuelta, como los soldados que hacen la instrucción, y nos quedamos cara a cara. A cada uno le había pasado la misma idea por la cabeza, o sea, que al otro se le podía ocurrir descargarle el arma en la popa.

-No ha cazado usted nada -dijo Case.

-No vine hoy de caza -le contesté. -Bueno, por mí, puede irse al demonio -dijo él.

-Lo mismo digo -repliqué yo.

Pero nos quedamos clavados donde estábamos; no había peligro de que alguno de los dos se marchara.

Case se echó a reír.

-No podemos quedarnos aquí todo el día -dijo.

-Yo no lo detengo -le contesté. Él rió de nuevo.

-Mire, Wiltshire, ¿cree que soy tonto? -me preguntó.

-Más bien un sinvergüenza, si quiere saberlo -le dije.

-Bueno, ¿cree que me convendría matarlo aquí, en esta playa abierta? -dijo-. Porque no es así. La gente viene a pescar aquí a cualquier hora, puede haber una docena de ellos arriba en el valle, ahora mismo, haciendo copra; puede haber otra docena en la colina de detrás de usted, cazando palomas; pueden estar mirándonos en este mismo momento y no me extrañaría. Le doy mi palabra de que no quiero disparar contra usted, ¿por qué iba a querer hacerlo? No me molesta en nada. No tiene ni una libra de copra que no haya hecho con sus manos, como un esclavo negro. Está vegetando (así lo llamo yo) y no me importa dónde vegeta ni por cuanto tiempo. Déme su palabra de que no quiere disparar contra mí, y lo dejaré que se adelante y se vaya.

-Bueno -dije-, es muy franco y amable, ¿no? Y yo seré lo mismo. No pienso disparar contra usted hoy. ¿Por qué iba a hacerlo? Este asunto no está más que empezando; todavía no terminó, señor Case. Ya le di un mal rato; todavía le puedo ver las marcas de mis nudillos en su cara, y le tengo reservado algo más. No soy un paralítico, como Underhill. No me llamo Adams, ni soy Vigours; y quiero demostrarle que se ha encontrado con la horma de su zapato.

-Es una tontería hablarme así -me dijo-. No es el modo de hablarme, si quiere que siga adelante.

-Muy bien -dije- puede quedarse donde está. No tengo apuro, y usted lo sabe. Puedo pasarme el día en la playa, sin que importe nada. No tengo que preocuparme por la copra. Tampoco tengo que ocuparme de mi pintura luminosa.

Me arrepentí de haber dicho aquello, pero se me escapó antes de que me diera cuenta. Me di cuenta de que lo dejaba desconcertado y, parándose, me miró alzando las cejas. Entonces me imagino que decidió llegar al fondo del asunto.

-Le tomo la palabra -dijo, y dando media vuelta entró en la selva de los demonios.

Le dejé ir, desde luego, porque le había dado mi palabra. Pero lo seguí con la mirada hasta que se perdió de vista, y después de que se hubo ido fui a ponerme a cubierto con toda la velocidad posible, y seguí el camino hasta casa ocultándome entre los arbustos, porque no confiaba ni un centavo en él. Me daba cuenta de una cosa, de que había sido lo suficientemente torpe para ponerle sobre aviso, lo que significaba que tenía que hacer en seguida lo que pensaba hacer.

Habrán pensado que había tenido ya bastantes emociones para una mañana, pero me aguardaba otro sobresalto. En cuanto doblé el cabo lo suficiente para poder ver mi casa, descubrí que había extraños en ella; un poco más allá, no me cupo ya duda. Había un par de centinelas acuclillados junto a mi puerta. Me imaginé que el asunto de Uma había hecho crisis y que se habían apoderado del puesto. Que yo supiera, se habían llevado ya a Uma, y aquellos hombres armados me aguardaban para hacer lo mismo conmigo.

No obstante, conforme me aproximaba, lo que hice a toda velocidad, vi que había un tercer nativo sentado en la galería, como un invitado, y a Uma que hablaba con él, como el ama de casa. Al acercarme todavía más, vi que era el jefe joven, Maca, y que estaba sonriendo y fumando. ¿Y qué fumaba? No uno de esos cigarrillos europeos buenos para un gato, ni siquiera uno de esos grandes y fuertes cigarros nativos con el que uno puede entretenerse si la pipa se le rompe... sino un verdadero cigarro mexicano, y uno de los míos, habría podido jurarlo. Al ver aquello, mi corazón dejó de latir, y me pasó por la cabeza la loca esperanza de que los inconvenientes habían terminado y de que Maca fuera el primero en venir a vernos.

Uma me señaló a él cuando me acercaba, y él salió a recibirme a lo alto de mi escalera, como un verdadero caballero.

-Vilivili -dijo, que era lo mejor que ellos podían pronunciar mi nombre-, estoy contento.

No cabe duda de que cuando un jefe isleño quiere ser cortés sabe hacerlo. Me di cuenta de cómo estaban las cosas, desde la primera palabra. No hacía falta que Uma me dijera.

-Ya no le tiene miedo a Ése, viene a traer copra.

Les aseguro que estreché la mano del canaco como si fuera el mejor de los blancos de toda Europa.

La verdad era que Case y él andaban detrás de la misma muchacha; o Maca lo sospechaba y había decidido vengarse del comerciante en la primera oportunidad. Se vistió de gala, hizo que un par de sus hombres se lavaran y armaran para dar más carácter público a la cosa; y, esperando a que Case saliera del poblado, vino a traerme sus negocios a mí. Era rico, además de poderoso. Me imagino que cosecharía unos cincuenta mil cocos por año. Le di el precio corriente en la playa, con un cuatro por ciento más, y en cuanto a crédito, le habría adelantado todo lo que tenía en el almacén, y hasta las paredes, de contento que estaba de verlo. Debo reconocer que compraba como un caballero: arroz, latas de conserva y bizcochos suficientes para un festín de una semana, y telas por piezas enteras. Además era muy amable; era muy divertido y cambiamos varias bromas, en su mayor parte por medio del intérprete, porque sabía muy poco inglés, y mi idioma nativo seguía siendo aún muy pobre. Descubrí una cosa: no podía haber pensado nunca, en realidad, mucho de lo malo que decían de Uma; nunca podía haber estado realmente asustado, y fingió que lo creía más que nada porque pensaba que Case tenía mucha influencia en el poblado y podía ayudarle.

Eso me llevó a pensar que él y yo estábamos en una situación delicada. Lo que había hecho era un desafío delante de todo el poblado y algo que podía costarle su autoridad. Más aún, y después de mi conversación con Case en la playa, pensaba que podía costarle hasta la vida. Case había insinuado que me mataría si alguna vez me traían alguna copra; y cuando

volviera descubriría que el mejor cliente del poblado había cambiado de almacén; y pensé que lo mejor que podía hacer era adelantarme a él.

-Mira, Uma -le dije- dile que siento haberle hecho esperar, pero que estuve buscando el lugar donde Case tiene a Tiapolo, en la selva.

-Quiere saber si no te asustaste -me tradujo Uma. Yo solté la carcajada.

-¡No mucho! -le dije-. ¡Dile que el lugar no es más que una juguetería! Dile que, en Inglaterra, le damos esas cosas a los chicos, para que jueguen con ellas.

-Quiere saber si oíste cantar al demonio -me preguntó luego.

-Escucha -le contesté-. Ahora no puedo hacerlo, porque en el almacén no hay cuerdas de banjo; pero la próxima vez que llegue el barco voy a instalar una de esas cosas en la galería, y él mismo podrá ver por sí de qué clase de demonio se trata. Dile que, en cuanto consiga las cuerdas le voy a hacer una para sus chicos. El aparato se llama un arpa gaélica; y agrégale que ese nombre, en Inglaterra, significa que sólo los tontos pagan algo por ella.

Esta vez, él estaba tan satisfecho que probó de nuevo su inglés.

-¿Dice verdad? -me preguntó.

-¡Vaya si lo es! -dije-. Hablo como la Biblia. Trae aquí una Biblia, Uma, si es que la tienes, y la besaré. O mejor aún -dije, animándome- pregúntale si le asusta ir allí él mismo, de día.

Por lo visto no le asustaba; podía aventurarse hasta allí de día, y acompañado.

-¡Entonces es lo que hay que hacer! -exclamé-. Dile

que el hombre es un tramposo y el lugar una cosa de chicos y que, si mañana va allí, verá lo que queda de todo eso. Pero dile también lo siguiente, Uma, y cuida de que lo entienda bien; ¡si habla de eso, Case acabará por enterarse y yo puedo darme por muerto! Dile que juego su mismo juego, y que si él dice una sola palabra, mi sangre manchará su puerta y lo condenará aquí y en el otro mundo.

Ella se lo repitió y él estrechó mi mano con fuerza, diciéndome.

-No hablaré. Iré allí mañana. ¿Es mi amigo?

-No, señor -le contesté-, nada de tonterías. He venido aquí a comerciar y no a hacerme amigos. Pero, en lo relativo a Case, ¡voy a mandarle a la gloria!

Y Maea se fue, muy contento, a mi parecer. V

Bueno, ahora no me quedaba opción; tenía que terminar con Tiapolo antes del día siguiente, y tenía mucho que hacer, no sólo preparándolo todo, sino discutiendo. Mi casa parecía la sociedad de debates de los mecánicos: Uma estaba decidida a que no fuera a la selva de noche, porque si iba, no volvería más. Ya conocen su estilo de discusión: les di una muestra con lo de la reina Victoria y el diablo; y como se imaginarán me había cansado ya antes del anochecer.

Por fin se me ocurrió una buena idea. ¿Por qué derrochaba mis perlas con ella?, pensé; sus baratijas servirían mejor para el caso.

-Te diré lo que pienso hacer-le dije-. Saca tu Biblia, y la llevaré conmigo. Así todo será mejor.

Ella declaró que la Biblia no servía.

-Eso no es más que ignorancia de canacos -le contesté-. Trae la Biblia.

Ella la trajo, y yo la abrí por la primera página donde me imaginaba que habría algo en inglés y, en efecto, así era. -¡Mira! -exclamé-. ¡Mira esto! , «Londres, Impresa por la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, Blackfriars», y la fecha que no entiendo debido a que está toda llena de X. Ningún demonio del infierno puede atreverse con la Sociedad Bíblica de Blackfriars. ¡Pero si eres una tonta! -exclamé-, ¿cómo crees que nos las entendemos con nuestros aitus en mi país? ¡Pues gracias a la Sociedad Bíblica!

-Creo que no tenéis ninguno -dijo ella-. Un hombre blanco me dijo que no lo tenían.

-¿Y eso te parece natural, eh? -reí-. ¿Por qué estas islas iban a estar llenas de ellos y no iba haber ninguno en Europa?

-Bueno, tampoco tienen árbol del pan -me respondió. Podría haberme tirado de los cabellos.

-Mira, mujer, escúchame -continué-, te conviene callarte porque estoy harto de ti. Me llevaré la Biblia, con lo que estaré tan seguro como en casa, y esa es la última palabra que pienso decir.

La noche era muy oscura, con unas nubes que habían salido al ponerse el sol y que estaban extendiéndose; no se veía una estrella; no iba a haber más que un cuarto de luna, y no saldría hasta cerca ya del amanecer. En torno al poblado, gracias a las luces y los fuegos de las casas abiertas, y las antorchas de los pescadores que se movían entre los arrecifes, todo estaba alegre e iluminado: pero el mar y las montañas habían desaparecido. Me imagino que deberían ser las ocho cuando emprendí el camino, cargado como un borrico. Primero venía la Biblia, un libro tan grande como su cabeza, con el que me había dejado cargar por mi propia estupidez. Luego, el fusil, el cuchillo, la linterna, las cerillas y todo lo necesario. Y por fin lo que más me interesaba de todo el asunto, una gran cantidad de pólvora, un par de bombas de dinamita de las que se utilizan para pescar, y dos o tres trozos de mecha lenta que yo había sacado de unas latas, uniéndolas del mejor modo posible, porque la mecha era una mercadería para los nativos, y habría que ser loco para confiar en ella. ¡Pero, como habrán visto, yo llevaba los materiales necesarios para una linda explosión. Los gastos no me importaban; quería hacer las cosas bien!

Mientras fui por campo abierto, y la lámpara de la casa sirvió para orientarme, todo marchó bien. Pero cuando llegué al sendero, estaba tan oscuro que casi no podía avanzar, me daba contra los árboles y maldecía, como el hombre que busca las cerillas en su dormitorio. Sabía que era peligroso encender luz, porque mi farol sería visible hasta el cabo, y como nadie iba por allá de noche, hablarían de eso, y la noticia llegaría hasta Case. Pero, ¿qué podía hacer? Tenía que renunciar al asunto y perder todo prestigio ante Maca, o encender la linterna, arriesgándome, y terminar con el asunto a toda la velocidad posible.

Mientras seguía el sendero caminé a buen paso, pero cuando llegué a la playa tuve que correr. Porque la marea la había inundado casi por completo; y el atravesarla sin mojar la pólvora, entre la resaca y la abrupta colina, exigió de mí toda la rapidez que poseía. Aun así, las olas me llegaron hasta las rodillas y estuve a punto de caer sobre una piedra. Durante todo aquel tiempo, el apuro que tenía, el aire fresco y el olor del mar, me animaban; pero una vez que entré en la selva y empecé a trepar el sendero ya no fue así. La selva había perdido en parte su espanto para mí, gracias a las cuerdas de banjo y las figuras talladas de Case, pero de todos modos pensaba que era un triste camino, y me imaginaba que cuando los discípulos subían hasta allí, debían estar muy asustados. La luz de la linterna, al iluminar los troncos y ramas, y las retorcidas cuerdas de las lianas, hacían del lugar, hasta donde podía verlo, una especie de rompecabezas de sombras movedizas. Venían a mi encuentro, sólidas y rápidas como gigantes, y luego daban media vuelta y se desvanecían; revoloteaban sobre mi cabeza, como mazas, y se alejaban volando en la noche como pájaros. El suelo de la selva brillaba apagadamente debido a las maderas muertas, del mismo modo que suele brillar la caja de cerillas después de que se ha encendido una contra ella. Unas gotas gruesas y frías caían de las ramas de los árboles, como sudor. No había casi viento; sólo el helado soplo de una brisa venida de tierra que no movía nada; y las arpas estaban silenciosas.

El primer alto en mi camino fue cuando atravesé el bosquecillo de cocoteros salvajes, y me encontré con los espantajos de la pared. Resultaban muy extraños vistos al resplandor de la linterna, con sus caras pintadas y sus ojos de conchillas, y sus vestidos y cabellos hondeando al aire. Fui bajando uno tras otro y los reuní en un lío sobre el techo de la cueva,

para que pudieran irse a la gloria con los demás. Luego, elegí un lugar detrás de una de las grandes piedras de la entrada, enterré mi pólvora y los dos cartuchos, y dispuse la mecha a lo largo del pasadizo. Y luego, fui a echar una mirada a la humeante cabeza, para decirle adiós. Todo iba bien.

-Anímate -me dije-. Vas a conseguir tus fines.

Mi primera idea era encender la mecha y volver a casa; porque la oscuridad y el brillo apagado de la madera podrida, y las sombras que proyectaba la linterna me hacían sentirme solo. Pero conocía uno de los lugares donde colgaban las arpas, y me parecía una lástima que no acabara con los demás; aunque al mismo tiempo no podía dejar de pensar que estaba mortalmente cansado de mi trabajo, y que lo que más me gustaría sería volver a casa y cerrar la puerta. Fui hasta la entrada de la bodega sótano y empecé a pensar en los pros y las contras. Oía el estruendo del mar allá abajo, en la costa; pero más cerca de mí no se movía ni una hoja. Podría haber sido la única criatura viviente de este lado del Cabo de Hornos. Bueno, pues mientras estaba allí reflexionando, me pareció que la selva se entreabría y se llenaba de toda clase de pequeños ruidos. En efecto, eran pequeños ruidos, y nada que pudiera hacer daño (un pequeño crujido, un ruidito apagado), pero perdí el aliento y la garganta se me quedó tan seca como una galleta. No era a Case a quien tenía, aunque eso habría sido lo más sensato; no pensé un instante en Case: lo que me asaltó, con la misma fuerza de un cólico, fue el cuento de viejas de las mujeres demonio y los hombres-jabalíes. Estuve en un tris de echar a correr; pero me dominé, avancé unos pasos, y alzando mi linterna (como un idiota), miré a mi alrededor.

En la dirección del poblado y del sendero no se veía nada; pero cuando me volví hacia tierra fue un milagro que no me desmayara. Allí, saliendo del desierto y la selva mala... allí, sin duda alguna, había una mujer-demonio, tal y cómo me había imaginado que sería. Vi brillar la luz en sus brazos desnudos y sus brillantes ojos, y se me escapó un grito tan grande que pensé que era mi muerte.

-¡Ah! ¡No grites! -dijo la mujer-demonio en una especie de murmullo-. ¿Por qué hablas con esa voz tan alta? ¡Apaga la luz! ¡Ése viene!

-¡Dios Todopoderoso, Uma, eres tú? -dije.

-Ioe[2] -dijo ella-. Vine corriendo. Ese va a llegar aquí pronto.

-¿Viniste sola? -le pregunté-. ¿No tenías miedo?

-¡Ah, mucho miedo! -murmuró, abrazándome-. Creí que me moría.

-Bueno -dije, con una débil sonrisa-, no soy quien para reírme de usted, señora Wiltshire, porque creo que soy el hombre más asustado de todo el Pacífico del Sur.

En dos palabras, ella me dijo lo que le había traído. Por lo visto, apenas acababa de irme, cuando llegó Fa'avao, y la vieja se había encontrado con Black Jack, que corría a todo correr desde nuestra casa a la de Case. Uma no se detuvo a hablar, sino que salió en seguida para prevenirme. Me seguía tan de cerca, que la linterna le sirvió de guía para atravesar la playa, y después, gracias a su resplandor entre los árboles pudo subir la colina. Cuando yo subí a lo alto o bajé al sótano fue cuando Dios sabe a dónde fue a parar, y perdió un tiempo precioso, temerosa de gritar por miedo a que Case la siguiera de cerca, y se había caído entre la maleza, de modo que estaba toda llena de golpes y magulladuras. Por eso fue por lo que había ido tanto hacia el sur, y por lo que salió a mi encuentro por un flanco, asustándome de tal modo que no tengo palabras para decirlo.

Bueno, aquello era mejor que una mujer-demonio, pero me di cuenta de que su historia era bastante grave. Black Jack no tenía por qué andar cerca de casa, a menos que lo hubieran mandado allí a espiarme; y me parecía que mis estúpidas palabras acerca de la pintura, y

[2] Sí.

quizá tal vez algo que dijo Maea, nos habían puesto en mala situación. Una cosa estaba clara: Uma y yo teníamos que pasar allí la noche; no nos atreveríamos a volver a casa antes de que fuera de día, y aún así tal vez sería más seguro dar la vuelta a la montaña y volver por la parte de atrás del poblado, si no queríamos caer en una emboscada. También estaba claro que había que prender la mecha inmediatamente, o sino Case podía llegar a tiempo para apagarla.

Entré otra vez en el túnel, con Uma abrazada estrechamente a mí, abrí mi linterna y encendí la mecha. El primer trozo ardió como un papel, y yo me quedé como un estúpido, viéndolo arder, y pensando que íbamos a volar con Tiapolo, lo que no era mi propósito. El segundo ardió aún más de prisa de lo que yo pensaba: y entonces recobré la serenidad, saqué arrastrando a Uma del pasadizo, apagué la linterna y la dejé en tierra, y los dos avanzamos a tientas entre la selva hasta que pensé que estábamos seguros, y luego nos tendimos junto a un árbol.

-Mujer -le dije- no olvidaré esta noche. Eres una real moza y nadie puede dudarlo.

Ella se apretó aún más contra mí. Había venido corriendo hasta allí, vestida sólo con su faldellín; y estaba toda húmeda del rocío y del agua de mar en la playa negra, y temblaba de frío y de terror de la oscuridad y los demonios.

-Tengo mucho miedo -fue todo lo que dijo.

El otro lado de la colina de Case desciende casi a pico, como un precipicio, hasta el valle. Estábamos al borde de él, y podía ver el resplandor de la madera podrida y oír el estruendo allá abajo. No me gustaba la posición, que no permitía la retirada, pero tenía miedo de cambiarla. Entonces vi que había cometido un error aún peor con la linterna, que deberla haber dejado encendida, para haber podido disparar contra Case cuando entrara en su círculo de luz. Y aunque no hubiera tenido ganas de hacer eso, me parecía una insensatez el dejar que una buena linterna volara con las figuras talladas. Después de todo, el farol me pertenecía, valía dinero y podía venirme bien. Si hubiera tenido más confianza en la mecha, tal vez habría echado a correr para recuperarlo. Pero, ¿quién podía confiar en la mecha? Ya saben cómo es el comercio. La mercadería era buena para que los canacos salieran a pescar con ella, porque el único riesgo que corrían era que les volara una mano. Pero, para cualquiera que quisiera preparar una voladura como la mía, la mecha era una basura.

En conjunto, lo que mejor podía hacer era quedarme quieto, tener mi fusil a mano, y esperar la explosión. Pero era un asunto solemne. La oscuridad de la noche era algo sólido; lo único que se distinguía era el fantasmal brillo de la madera podrida, y eso no permitía que uno viera nada más que la madera misma; y en cuanto a los sonidos, agucé los oídos hasta que me pareció que podía oír la mecha ardiendo en el túnel, y la selva estaba tan silenciosa como un ataúd. De cuando en cuando se oía un pequeño crujido; pero si era cerca o lejos, si lo producía Case con la punta de los pies a unas pocas yardas de mí, era algo de lo que sabía tanto como un recién nacido.

Y entonces, de repente, hizo erupción el Vesubio. Tardó mucho en explotar; pero cuando se produjo la explosión ningún hombre habría podido pedir algo mejor. Al principio fue como una serie de cañonazos, y el bosque se iluminó tanto que se habría podido leer a su luz. Y entonces empezó lo malo. Uma y yo quedamos medio enterrados bajo una carretada de tierra, y me alegró de que no fuera algo peor, porque una de las rocas de la entrada del túnel salió disparada por los aires, y cayó a corta distancia de donde estábamos, rebotando contra el borde de la ladera, desde donde cayó rodando hasta el valle. Vi que había calculado mal nuestra distancia, o había puesto demasiado dinamita y pólvora, lo que más les guste.

Y entonces, vi que había cometido otro error. El ruido de la explosión empezaba a disminuir, conmoviendo la isla; la llamarada se había apagado; y sin embargo, la noche no llegaba como yo esperé. Porque todo el bosque estaba salpicado de ascuas y carbones encendidos, producto de la explosión; me rodeaban todos en el claro; otros habían caído allá

Librodot

abajo, en el valle, y algunos se prendieron a las cimas de los árboles, incendiándolos. No tenía miedo de un incendio, porque esos bosques son demasiado húmedos para que ardan. Pero lo malo era que el lugar estaba todo iluminado... no muy claramente, pero sí lo suficiente para disparar un tiro; y por cómo estaban diseminadas las ascuas, Case podía tener tanta ventaja como yo. Pueden estar seguros de que miré a mi alrededor buscando su cara blanca; pero no vi ni señales de él. En cuanto a Uma, parecía como si la explosión y la llamarada le hubieran quitado la vida.

Había un aspecto malo en mi juego. Una de las condenadas figuras talladas había caído incendiada, vestidos y cuerpo, a poca distancia de mí. Eché una mirada atenta a mi alrededor; todavía no veía a Case, y decidí que tenía que deshacerme de aquel madero incendiado antes de que llegara, si no quería que me mataran a tiros como un perro.

Mi primera idea fue ir arrastrándome, pero luego pensé que la velocidad era lo principal, y me incorporé a medias para correr hacia ella. En el mismo momento, desde un lugar situado entre mí y el mar, hubo un fogonazo y un disparo, y una bala pasó silbando junto a mi oreja. Me volví en seguida, alzando mi arma, pero el bruto aquel tenía un Winchester, y antes de que pudiera verlo siquiera, su segundo disparo me derribó como si fuera un bolo. Me pareció que volaba por el aire, y luego caí junto al sendero y quedé allí medio minuto, como aturdido; y entonces descubrí que mis manos estaban vacías, y que mi arma había volado sobre mi cabeza, al caer. Verse en un aprieto como el mío, hace que un hombre recobre la serenidad. No sabía dónde me había herido, o si estaba herido o no, pero me volví a medias hasta quedar de bruces y me arrastré hasta el arma. A menos que hayan tratado de arrastrarse con una pierna rota no sabrán el dolor que eso produce, y yo lancé un aullido de fiera.

Fue el ruido más desgraciado que he hecho en mi vida. Hasta entonces, Uma se había quedado junto al árbol, como una mujer sensata, comprendiendo que sólo me serviría de estorbo; pero en cuanto me oyó gritar, corrió hacia mí. El Winchester disparó de nuevo, y ella cayó.

Me había incorporado, a pesar de la pierna, para detenerla; pero cuando la vi caer, me quedé quieto y tendido donde estaba, buscando el mango de mi cuchillo. Antes estaba asustado e irritado. Pero todo eso terminó. Había derribado a mi mujer y yo tenía que ajustarle las cuentas; me quedé allí, apretando los dientes y calculando mis posibilidades. Tenía la pierna rota, y no tenía mi fusil. A Case le quedaban aún diez balas de su Winchester. Al parecer, la situación era desesperada. Pero no me desesperé ni pensé en desesperarme: aquel hombre tenía que morir.

Durante un buen rato, ninguno de los dos hizo nada. Entonces, oí a Case que empezaba a moverse entre la maleza, pero con mucho cuidado. La figura de madera se había quemado del todo; no quedaban más que unas ascuas aquí y allá, y el bosque estaba en su mayor parte oscuro, pero había una especie de resplandor, como una hoguera que está por apagarse. Gracias a él pude ver la cabeza de Case, que me miraba por encima de un grupo de helechos, y en el mismo instante en que el bruto me vio se echó el Winchester al hombro. Yo permanecí inmóvil, casi podía decirse que mirando el cañón: era mi última oportunidad, pero pensé que mi corazón iba a escaparse de sus amarras. Entonces, él disparó. Afortunadamente para mí, no eran perdigones, porque la bala dio a menos de una pulgada de distancia de mí y me llenó de tierra los ojos.

Prueben a ver si pueden quedarse tendidos e inmóviles, dejando que un hombre dispare a quemarropa sobre ustedes y falle sólo por un pelo. Pero yo lo hice, y fue una suerte para mí. Por un instante, Case se quedó con el Winchester en los brazos; luego lanzó una risita y salió de entre los helechos.

«¡Ríe! -pensé- ¡Si tuvieras la inteligencia de un piojo estarías rezando!»

Estaba tan tenso como el cable de un buque o el muelle de un reloj, y en cuanto llegó a mi alcance lo agarré de un tobillo, le hice perder pie, lo derribé y me eché encima de él, a pesar de la pierna rota, antes de que pudiera ni respirar. Su Winchester había seguido el camino de mi fusil; era igual... ahora quien lo desafiaba era yo. Siempre he sido un hombre muy fuerte, pero nunca supe las fuerzas que tenía hasta que agarré a Case. Estaba algo aturdido por el porrazo que se dio al caer, y alzó las dos manos, como una mujer asustada, de modo que pude sujetarle las dos con mi izquierda. Eso lo alertó, y me clavó los dientes en un antebrazo como una comadreja. No me importó. Mi pierna me dolía más de lo que podía soportar, y sacando el cuchillo lo puse donde debía.

-Ahora estás en mi poder -dije-: ¡y vas a morir y bien merecido lo tienes! ¿Sientes la punta del cuchillo? ¡Esto es por Underhill! ¡Y esto por Adams! ¡Y ahora, esta cuchillada por Uma, y es la que te va a sacar del cuerpo el alma condenada!

Y diciendo esto le clavé el frío acero con todas mis ganas. Su cuerpo saltó debajo de mí como el resorte de un sofá; lanzó una especie de largo y terrible gemido y quedó inmóvil. «¿Estarás muerto? ¡Así lo espero!» pensé, porque la cabeza me daba vueltas. Pero no era un momento para arriesgarse; tenía demasiado cerca su ejemplo, para eso; y traté de sacar el cuchillo para clavárselo de nuevo. La sangre me inundó las manos, lo recuerdo, tan caliente como el té; y entonces me desmayé del todo y caí con mi cabeza sobre la boca del hombre.

Cuando recobré el conocimiento todo estaba muy oscuro; las ascuas se habían consumido; no se veía nada más que el apagado brillo de la madera podrida, y yo no podía recordar dónde estaba, ni por qué sentía tanto dolor ni con qué estaba todo empapado. Entonces lo recordé, y lo primero que hice fue clavarle el cuchillo a Case media docena de veces, hasta el mango. Creo que estaba ya muerto, pero eso no le hizo ningún daño a él y a mí me hizo sentir mucho mejor.

-Me parece que ahora estás ya muerto -dije y llamé a Uma.

Nada me contestó, y yo hice un movimiento para buscarla a tientas, tropecé con mi pierna rota y me desmayé de nuevo. Cuando recobré el sentido por segunda vez las nubes se habían disipado ya, excepto unas cuantas que rogaban por el cielo, blancas como el algodón. Había salido la luna... una luna tropical. La luna de mi país vuelve negro un bosque, pero aquella, a pesar de que era un cuarto menguante iluminaba el bosque haciéndolo tan verde como si fuera de día. Las aves nocturnas (o, mejor dicho, alguna clase de ave matutina) cantaban con sus notas largas y lentas, como los ruiseñores. Y yo pude ver al muerto, sobre el que descansaba aún a medias, mirando hacia el cielo con los ojos abiertos, y no más pálido que cuando vivía, y un poco más allá, Uma, caída de costado. Fui hacia ella lo mejor que pude, y cuando llegué allí estaba completamente despierta, llorando y sollozando para sí con menos ruido que un insecto. Por lo visto tenía miedo de llorar más alto por causa de los aitus. No tenía una herida grave, pero estaba muerta de espanto; había recobrado el sentido hacía un buen rato, me llamó, no oyó nada en respuesta, pensó que los dos estábamos muertos, y había permanecido así desde entonces, temerosa de mover ni un dedo. La bala le había rozado el hombro, y había perdido una buena cantidad de sangre; pero cuando se lo vendé a mi modo, o sea con el faldón de mi camisa y un pañuelo que llevaba, apoyó su cabeza en mi rodilla sana y yo apoyé la espalda contra un tronco y me dispuse a esperar la llegada de la mañana. Uma no me servía ni de utilidad ni de adorno, puesto que lo único que sabía hacer era agarrarse a mí con fuerza, y temblar y gemir. No creo haber visto a nadie más asustado pero, para hacerle justicia, reconozco que había pasado una noche bastante agitada. En cuanto a mí, tenía bastante dolor y fiebre, pero no me sentía tan mal cuando no me movía; y cada vez que miraba a Case me entraban ganas de cantar y silbar. ¡Qué me hablasen de comer y beber! El ver a aquel hombre muerto delante de mí bastaba para satisfacerme.

Al cabo de un rato las aves nocturnas dejaron de cantar; y luego la luz empezó a cambiar, el este fue poniéndose anaranjado, el bosque entero empezó a vibrar de cantos, como una caja de música, y llegó el día.

No esperaba a Maea hasta dentro de bastantes horas y, en realidad, pensé que había bastantes posibilidades de que desistiera de la idea y decidiera no venir en absoluto. Me sentí más a gusto cuando, una hora después del amanecer, oí ruido de palos que golpeaban las ramas, y a un grupo de canacos que reían y cantaban para darse ánimos. Uma se incorporó con vivacidad al oír la primera palabra; y a poco vimos al grupo que subía por el sendero, con Maea a la cabeza, y detrás de él un hombre blanco con casco colonial. Era el señor Tarleton, que había llegado la noche anterior a Falesa, después de dejar su barca y hacer el último trecho del viaje a pie y con una linterna.

Enterraron a Case en el campo del honor, justo en el agujero donde él había colocado la cabeza humeante. Aguardé hasta que lo hicieron; y el señor Tarleton rezó, lo que me pareció una hipocresía, porque tengo que decir que él no se hacía muchas ilusiones de las perspectivas del estimado difunto, y tenía al parecer sus ideas acerca del infierno. Lo discutí luego con él, le dije que no había cumplido con su deber, y que lo que debía haber hecho era portarse como un hombre y decirle a los canacos claramente que Case estaba condenado, y que podía irse al diablo; pero nunca conseguí que lo considerara de ese modo. Luego hicieron una camilla con unas pértigas y me llevaron al puesto. El señor Tarleton me entablilló la pierna, y lo hizo tan bien como lo hacen los misioneros, de modo que yo rengueo hasta hoy en día. Después de hacerlo, me tomó declaración, y también a Uma y a Maea, lo escribió todo muy bien y nos lo hizo firmar; y después hizo que los jefes fueran a casa de Papa Randall para apoderarse de los papeles de Case.

Lo único que encontraron fue una especie de diario, que llevaba desde hacía muchos años, donde sólo se hablaba del precio de la copra, los pollos robados y cosas por el estilo; y los

libros del negocio y el testamento de que le hablé al principio, y por los dos parecía ser que todo lo que tenía pertenecía a la mujer de Samoa. Yo fui quien se lo compró todo a un precio razonable, porque ella tenía mucho apuro en volver con los suyos. En cuanto a Randall y el negro, tuvieron que huir; pusieron una especie de puesto en el lado de Papa-malulu y los negocios les fueron mal, porque la verdad es que ninguno de los dos servía para eso, y vivían casi de la pesca, lo que causó la muerte de Randall. Por lo visto, un día vio un hermoso banco de peces, y Papa fue a pescarlos con dinamita; o la mecha ardió demasiado pronto, o Papa estaba borracho, o ambas cosas, pero el cartucho explotó antes de que lo lanzara, ¿y dónde estaba la mano de Papa? Bueno, eso no tiene nada de malo; las islas del norte están llenas de hombres con una sola mano, como en Las Mil y una Noches, pero Randall era demasiado viejo, o bebía demasiado, y para abreviar el caso es que murió. Poco después de aquello expulsaron al negro de la isla por robar a los blancos, y se fue al oeste, donde encontró hombres de su color, cosa que quizás le gustaba, y los hombres de su color se apoderaron de él y se lo comieron, ¡y yo espero que fuera de su agrado!

Así que yo me quedé solo y lleno de gloria en Falesa; y cuando llegó la goleta, le llené su bodega con un cargamento casi tan alto como una casa. Debo decir que el señor Tarleton se portó bien con nosotros; aunque se vengó de un modo bastante mezquino.

-Señor Wiltshire -me dijo-, he arreglado su asunto con la gente de aquí. No era difícil, pues Case había muerto; pero lo hice y además he dado mi palabra de que comerciaría decentemente con los nativos. Tengo que pedirle que cumpla con mi palabra.

Bueno, y yo lo hice. Antes me preocupaba por mis balanzas, pero lo razonaba de este modo: todos alteramos nuestras balanzas, y los nativos lo saben, y mojan su copra en proporción, de modo que quedamos a mano; pero lo cierto es que eso me preocupaba y, aunque no

me iba mal en Falesa me alegré cuando la firma me trasladó a otro puesto donde no había dado mi palabra para nada y podía mirar con tranquilidad mis balanzas.

En cuanto a mi mujer, la conocen tan bien como yo. No tiene más que un defecto. Si uno no le tiene la vista encima, sería capaz de regalar todo lo que tenemos. Claro que eso es natural en una canaca. Ahora se ha convertido en una mujer gruesa y fuerte, y podría lanzar por encima del hombro a un policía de Londres. Pero eso es también natural en las canacas y no me cabe la menor duda de que tengo una esposa de primera.

El señor Tarleton se volvió a Inglaterra, porque había terminado su misión. Era el mejor misionero que he conocido, y ahora parece que tiene una parroquia en Somerset. Bueno, es mejor para él; allí no tendrá canacos que lo vuelvan loco.

Librodot